

EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

EL ORGULLO,

DRAMA EN CINCO ACTOS Y EN PROSA.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N. 9.
1863.

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico*.
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Carlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Los artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva
Echar por el ha tajo
El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un angel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judio.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey Garcia.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes
El ciego.
El protegido de las nubes
El marques y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español á las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.
Imperfecciones.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
Los amantes de Chinchon
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos españ
Los dos inseparables.
La pesadilla de un caser
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero.
Los quid pro quos.
La Torre de Lóndres.
Los amantes de Teruel.
La verdad en el espejo.
La banda de la Condesa.
La esposa de Sancho el Br
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La gloria del arte.
La Gitana de Madrid.
La Madre de San Fernand
Las flores de Don Juan.
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florencia
La Archiduquesita.
La escuela de los amigo
La escuela de los perdi
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Carl
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajeno
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (a
La calle de la Montera.
Los pecados de los padres
Los infieles.
Los moros del Riff.
La segunda cenicienta.
La peor cuña.
La choza del almadreño.
Los patriotas.
Los lazos del vicio.
Los molinos de viento
La agenda de Correlá
La cruz de oro.
La caja del regimiento.
La planta exotica.

Llueven hijos.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobrino
Martin Zurbano.

13

¡EL ORGULLO!

DRAMA EN CINCO ACTOS Y EN PROSA

ARREGLADO Á NUESTRA ESCENA

por

D. JUAN BELZA.

Estrenado con extraordinario aplauso en el teatro de Novedades,
la noche del 5 de Enero de 1863.



MADRID.

IMPRENTA DE T. FORTANET, LIBERTAD, 29.
1863.

PERSONAJES		ACTORES.
DON LUIS DE MENDOZA. . . .	D.	RAFAEL FARRO (1).
DON FEDERICO DEL VALLE. .	SR.	LOPEZ (D. FIDEL).
BERNARDO.		QUINTANA.
DON JOSÉ VALDIVIESO.		GARCÍA.
DON AGAPITO.		VEGA.
UN OFICIAL DE MARINA. . . .		MONTENEGRO.
JACINTO..		LASTRA.
MARGARITA..	SRA.	PAMIAS.
LA CONDESA DE CAMPO-VERDE.		RIZO..
OLGA.		MONTESINOS.
LUISA.		ALBA.
TERESA..		CRUZ.

CONVIDADOS, CRIADOS Y ACOMPAÑAMIENTO.

El primer acto en Cartagena, los restantes en Barcelona.

---

(1) Por indisposicion de este actor se encargó despues de su papel, D. Francisco Galban.

ACTO PRIMERO.

Una boardilla modestamente amueblada. Al fondo dos ventanas y puerta de entrada. A la izquierda otra puerta que comunica con las habitaciones interiores.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA TERESA.—LUISA.

Al levantarse el telon, doña Teresa, sentada junto á la ventana de la derecha, estará cosiendo y mirando algunas veces á la calle. Luisa de pié.

TERESA. No la veo venir!...

LUISA. Ni yo tampoco á José.

TERESA. Ya hace dos horas que Margarita salió á entregar obra, y áun no vuelve...

LUISA. Mi marido habrá encontrado algunos amigos, y como hoy es dia de paga...

TERESA. Luisa, ¿es posible que sea usted injusta hasta ese punto? Su marido de usted es el modelo de los esposos... el vivo retrato del mio, que en cuarenta años de matrimonio no hizo lunes ni un solo dia.

LUISA. Tiene usted razon, doña Teresa, es mi impaciencia la que tiene la culpa... En fin, si José me trajese alguna buena noticia, del mal el ménos...

TERESA. Bien la merece usted... (*Mirando otra vez.*) Nada todavía!... dónde se habrá metido esta chica!...

LUISA. Usted sabe que mi marido es jornalero en casa del señor Diaz, el único joyero fabricante de Cartagena, y que su escaso jornal, unido al producto de mi aguja, apenas nos basta para vivir.

TERESA. Sí, y tambien sé que sufren ustedes su mala suerte con una resignacion ejemplar y una alegría que enternece.

LUISA. Pues bien, desde hoy quizás seamos felices; el oficial mayor ha muerto, y como José es el mejor artista del taller, espera que lo nombren en su lugar. Esto sí que mejoraria nuestra situacion!

TERESA. Mucho me alegraré de que así suceda.

LUISA. Entónces sí que podríamos andar tranquilos por la calle, sin deber un cuarto á nadie, y pagar puntualmente al ama de nuestro querido hijo!... Esa es toda nuestra ambicion!

TERESA. Dios ayudará á ustedes... Pero esta niña que no vuelve!... Su tardanza empieza á inquietarme, porque una jóven sola por esas calles...

LUISA. No tenga usted cuidado; Margarita es juiciosa, y además en este pueblo todo el mundo se conoce. Tal vez habrá encontrado á don Federico, al jóven médico que viene aquí con frecuencia...

TERESA. Con que usted tambien ha notado sus visitas?

LUISA. Y qué tiene de extraño? Yo tambien le quiero mucho; como que salvó la vida á nuestro querido Eduardo en su última enfermedad, y hasta nos regaló las medicinas. Margarita haria bien en amarle... Qué buena pareja!

TERESA. Mucho temo que no le ame tanto como yo deseara, porque voy siendo vieja, y me preocupa bastante el porvenir de esa niña; pero ya se ve, tiene un carácter tan raro... razona, ó más bien desatina de

una manera tan poco en armonía con su edad...

LUISA. Eso pasará...

TERESA. Sin embargo, es ambiciosa de una manera alarmante.

LUISA. Ya: ella desearia para marido cuando ménos un príncipe; pero ¿cuál es la jóven que en sus momentos de ocio no se ha formado en su imaginacion alguna linda novela? Tranquilícese usted; cuando llegue el momento oportuno, Margarita será razonable. Además, don Federico es tan bueno, que positivamente la hará feliz.

TERESA. Pero y él, la ama? Empiezo á dudarlo, porque sus observaciones son á veces tan ridículas como las de mi sobrina.

LUISA. Eso es por no disgustarla.

TERESA. (*Mirando por la ventana.*) Creo que sube gente; si será ella?...

LUISA. (*En la puerta.*) No, es mi José; le conozco en la voz. (*Se oye tararear una cancion.*)

TERESA. Parece que viene contento. Habrá conseguido lo que deseaba?

LUISA. Contento?... mala señal: es que teme disgustarme. (*Entra José con blusa y al parecer muy contento, esforzándose por sonreir.*)

ESCENA II.

DICHAS.—JOSÉ.

JOSE. Buenos dias, vecina... (*Con volubilidad.*) Cómo está usted? bien, eh? yo tambien... estimando; gracias...

LUISA. José, alguna mala noticia traes, y no te atreves á decírmela.

JOSE. Yo?... qué disparate!

TERESA. No ha visto usted á Margarita?

JOSE. (*Como contrariado.*) A su sobrina de usted?... ah! sí, la he visto entrar en la iglesia: una boda que ha puesto en movimiento á todo el barrio. (*Aparte.*) A qué decirla que ántes la he encontrado hablando con dos marinos!... Esto no conduce á nada... á mí no me gusta ser chismoso...

LUISA. Dime, José, eres ya oficial mayor?

JOSE. Oficial mayor?... pues bien... no. A qué andar con rodeos! Pero maldito lo que me importa...

LUISA. Sin embargo, tenias derecho á esa plaza, que era nuestra única esperanza; además, te habian prometido...

JOSE. Derecho, derecho!... es claro que lo tenía... además, me habian dicho que contase con ella... Pero hija, una cosa es el dicho y otra el hecho; y como del dicho al hecho hay gran distancia, y yo siempre voy por el camino derecho, el hecho es que mi principal se ha deshecho... en excusas, pero otro ha ocupado la plaza.

LUISA. Es más hábil que tú?

JOSE. Más hábil, no; pero sí más diestro en la intriga... y como yo no sé humillarme, y llevo mi cabeza muy alta...

LUISA. Ya sé que eres incapaz de hacer bajezas para medrar, y por eso te quiero más.

TERESA. Hijo mio, está bien que un hombre conserve su dignidad; pero huya usted de ser víctima del orgullo. Cuando uno es padre de familia, debe hacerlo todo por...

JOSE. Todo, excepto humillarse... Nada, nada; este es asunto concluido: ya verás, Luisita; tengo formado mi plan... no te apures... abandonaremos esta ciudad, y...

LUISA. Y para qué?...

JOSE. Para indemnizarnos... Ah! es verdad que aún no lo he dicho todo... El principal se ha enojado conmigo, porque le dije algunas verdades, y se ha apresurado á dejarme en libertad... en una palabra, me ha concedido, como si dijéramos, la absoluta.

LUISA. Dios mio!

JOSE. Toma, y nada más lógico!... Estaba en su derecho.

TERESA. Pero usted es un hombre muy hábil, y no le faltará trabajo en otro taller.

JOSE. Aquí? es imposible. Hace algun tiempo ha dado todo el mundo en la manía de usarlo todo falso; en vez de brillantes, se adornan con pedazos de vidrio; en vez de cadenas de oro, se fabrican de cobre ó de laton, lo cual es más barato, y tienen la ventaja que se limpian con tierra de Segovia, como los belones...

TERESA. Pero ese es el lujo de la indigencia...

JOSE. O la indigencia del lujo, como usted quiera: ahora bien, como yo no trabajo más que en fino...

LUISA. Y qué vamos á hacer?

JOSE. (*Con viveza.*) Los obstáculos no me arredran. Las naciones en su alta sabiduría, han dicho: *Quien paga sus deudas, se enriquece.* Pues bien; nosotros vamos á pagar las nuestras, y ¿quién sabe? Tal vez llegaremos á ser millonarios algun dia. Toma, Luisita, aquí tienes mi paga.

LUISA. (*Tomando el dinero.*) Sí, pero cuando hayamos satisfecho al panadero, á la tendera y al carbonero, qué nos quedará?

JOSE. Lo bastante para satisfacer un mes al ama, y tres duros de sobras. Todo un capital!...

LUISA. Pero ¿y el dueño de la casa, á quien debemos medio año?...

JOSE. Excelente sugeto! A ese le diré: «Señor mio, usted ya me conoce; yo soy un honrado artesano, que ni bebo, ni fumo ni tengo vicios. Mi esposa es la flor y nata de las mujeres: aquí no podemos vivir, y nos vamos con la música á otra parte. Con cuatro brazos y dos corazones como los nuestros, indudablemente ha de llegar un dia en que se canse la mala suerte. Prometemos á usted trabajar con ahinco hasta conseguirlo, y entónces pagaremos religiosamente. ¿Quiere usted concedernos algun tiempo?

LUISA. Y nos creerá, porque nosotros no hemos engañado á nadie.

JOSE. Y marcharemos á Barcelona, á casa de mi tio el diamantista. Yo bien conozco que es un viaje un poco largo, y que sin dinero...

LUISA. No te apures; haremos el viaje á pié... yo soy robusta.

JOSE. No es mala idea!

LUISA. En cuanto á la comida, afortunadamente no somos delicados.

JOSE. Un pedazo de pan, rebozado con gran cantidad de amor, es todo lo que nos hace falta. Con que estamos convenidos?

LUISA. (*Dándole la mano.*) Convenidos!

TERESA. Qué hermosos corazones! qué carácter tan bello!...

LUISA. Doña Teresa, las lágrimas no remedian nada.

JOSE. Y nosotros no queremos hacer de la vida una tragedia. Con fe, constancia y honradez, todo se alcanza en el mundo.

TERESA. (*Viendo entrar á Margarita.*) Hé aquí una persona que desgraciadamente no piensa como ustedes.

ESCENA III.

LOS MISMOS.—MARGARITA, que entra precipitadamente.

MARG. (*Aparte.*) Ah! Creó que me han perdido de vista...

TERESA. Gracias á Dios! Cuánto has tardado!

LUISA. (*Acercándose.*) Pareces conmovida. Te ha sucedido algo?...

JOSE. (*Remangándose los puños.*) ¿Se habrá atrevido algun insolente á faltar á usted? Si tiene usted necesidad de mi brazo, precisamente se halla en este momento sin empleo.

MARG. Gracias, señor José, no me ha sucedido nada.

TERESA. Mas vale así.

JOSE. Y bien, vecinita; ¿ha visto usted la boda que tanto ruido ha causado en el barrio?

TERESA. Qué boda?

LUISA. La de Camila, esa jóven huérfana que se ha casado con el señor Jimenez, el rico fabricante de Valencia que vino aquí hace un mes de temporada á tomar baños.

MARG. Qué suerte la de esa pobre muchacha!

LUISA. Pues yo no la envidio.

MARG. Sin ser envidiosa, se puede desear una fortuna igual; porque al fin y al cabo era una pobre, y hoy se ve, de la noche á la mañana, rodeada de lujo, de opulencia, de consideraciones; esto siempre es lisonjero y halaga el amor propio.

JOSE. Será todo lo que usted quiera; pero yo estoy convencido que se puede vivir sin todo eso. He visto á esa jóven cuando iba á la iglesia, y, francamente, no me ha parecido tan feliz como usted presume... Más contentos estábamos nosotros el

dia de nuestra boda; ¿no es verdad, Luisa? y eso que no teníamos más dote que una infinidad de ceros... á la izquierda.

LUISA. Y hoy mismo no cambiaria mi suerte por la suya.

TERESA. (*A Margarita.*) Bueno sería que tomases ejemplo.

MARG. (*Con disgusto.*) Qué quiere usted, tia, cada cual tiene su modo de pensar.

JOSE. Con que vámonos, Luisa; tenemos que prepararlo todo para el viaje, y...

LUISA. Sí, vamos. (*Dando un beso á Margarita.*) Adios, Margarita... Doña Teresa, hasta luego.

TERESA. ¿Supongo que no se marcharán ustedes sin despedirse?

JOSE. Pues no faltaba más! Para ustedes será nuestra última visita. (*Vanse por el fondo.*)

ESCENA IV.

DOÑA TERESA.—MARGARITA.

TERESA. Qué buenas gentes! Con qué resignacion sufren su mala suerte!

MARG. Su miseria me oprime el corazon.

TERESA. Y sin embargo, ya ves que tienen confianza en el porvenir... que están contentos...

MARG. Más vale así... Yo tengo otras ideas, otras aspiraciones; no lo puedo remediar.

TERESA. Pero tú, qué tienes? Te veo como preocupada... Has encontrado á don Federico?

MARG. (*Como turbada.*) No, señora...

TERESA. Decididamente, Margarita, á tí te ha sucedido algo.

MARG. Pues bien, sí, quiero ser franca con usted, contárselo todo, esperando que me perdone no haberlo hecho ántes, cómo debiera.

TERESA. Veamos, hija mia, siéntate á mi lado... habla ..

MARG. Hace quince dias me permitió usted dar un paseo con mi maestra... Fuimos á la Alameda, y ya empezaba á hacerse de noche, cuando de repente nos encontramos enfrente de dos hombres, que no eran del pueblo; dos marinos que nos miraban de una manera particular...

TERESA. Continúa.

MARG. El uno, de fisonomía respetable, me dirigió una mirada llena de bondad; el otro parecia su criado. Ambos nos saludaron respetuosamente, y desde aquel dia me siguen á todas partes, como si fueran mi sombra.

TERESA. Temo adivinar!... Continúa.

MARG. Hoy, al entrar en la iglesia, los encontré tambien allí; el uno me saludó respetuosamente: el otro me ofreció agua bendita...

TERESA. Y no te han hablado nunca?

MARG. (*Turbada.*) El que parece el amo, el de fisonomía simpática y noble; me ha dirigido algunas veces la palabra en la calle; pero hoy...

TERESA. Acaba.

MARG. Habia yo entrado en la capilla de los Angeles, con motivo de esa boda, y arrodillada junto al altar, dirigia á la Vírgen una fervorosa oracion...

TERESA. Ya! pidiéndola para tí una suerte igual á la de Camila...

MARG. Lo confieso, tia; al ver aquel grandioso espectáculo, á la vista de aquellos diamantes, de aquellas luces, de todo aquel lujo, me sentí conmovida; cuando de pronto oigo á mi lado una voz que me dice: «Señorita, no tiene usted más que pronunciar una »palabra, y mañana mismo ocupará usted el sitio »de esa jóven, y otra corona más bella y más rica »adornará sus sienes.» Volví la cabeza y me en-

contré con el caballero, que habia venido á arrodillarse á mi lado. Apenas tuve aliento para decir una palabra; me levanté, salí precipitadamente del templo, y he venido á contárselo á usted... Qué debo pensar, tia?

TERESA. Margarita, desconfia de tus impresiones... mi instinto no me engaña, y presumo que un gran peligro te amenaza.

MARG. Al lado de usted? Imposible!

TERESA. Hija mia, tú eras una pobre huérfana cuando te recogí, á la muerte de tu familia, y he reemplazado á tu pobre madre... Creo, pues, que me debes algun cariño.

MARG. Y puede usted dudar del mio?...

TERESA. Hoy mismo puedes darme una prueba.

MARG. Hable usted.

TERESA. Yo debo decirte siempre la verdad y no ocultarte que tienes algunos defectos, que pueden acarrearte en lo sucesivo graves consecuencias, si no pones de tu parte...

MARG. No sé qué quiere usted decir.

TERESA. Pobre niña! el orgullo te ciega; eres altiva, vanidosa...

MARG. Tia!...

TERESA. Y para evitar más adelante que llores con un tardío arrepentimiento... (*Se oye ruido en la escalera.*)

MARG. Ah!... creo que alguien se acerca. (*Yendo á la puerta.*) Don Federico!...

TERESA. Mucho me alegro, porque lo que me resta que decir debe oirlo él tambien.

ESCENA V.

LAS MISMAS.—DON FEDERICO.

FEDER. Perdonen ustedes, pero si están ocupadas volveré mas tarde...

TERESA. Usted no nos incomoda nunca; acérquese usted, amigo don Federico.

FEDER. Mil gracias!...

TERESA. Además hoy no me encuentro muy buena...

MARG. Creo que mi tia exagera algunas veces sus padecimientos por el placer de retener á usted mas tiempo á su lado.

FEDER. Será posible?

TERESA. (*Con intencion.*) Quizás no te equivocas, pero hoy soy yo la que intento una doble cura y necesito de sus auxilios.

FEDER. Siempre estoy á sus órdenes.

TERESA. Siéntese usted aquí, y tú Margarita toma tu labor y ven á colocarte en este otro lado... (*Se sientan.*) Hé aquí un cuadro que me encanta! Si Dios me concediese el consuelo de concluir mis dias entre ustedes dos!...

MARG. (*Como disgustada.*) Pero, tia!...

TERESA. Don Federico, usted es un excelente jóven lleno de talento, de rectitud y de corazon. (*Don Federico se inclina.*) Es la verdad : yo no sé mentir. Lo prueba, su desinteresada conducta cuando salvó á Margarita de su última enfermedad y los cuidados y atenciones que yo le debo. Cómo pagar á usted?...

FEDER. Señora, yo no hago mas que cumplir con mi deber.

TERESA. El mio es satisfacerle y no encuentro más que un medio de hacerlo...

FEDER. (*Sonriendo.*) Y cuál es?

TERESA. En este momento tengo á mi lado los dos séres que más amo en el mundo y es preciso que yo sepa hoy mismo si me será permitido satisfacerle ofreciéndole la mano de una mujer jóven y honrada : en cuanto á tí, Margarita, tambien es preciso que complete mi obra confiándote al hombre que tengo la seguridad de que te hará feliz...

MARG. (*Levantándose.*) Tia, yo nó he autorizado á usted...

FEDER. (*Levantándose.*) Doña Teresa! suplico á usted...

TERESA. A qué vienen esas tontunas?... Además yo voy siendo ya muy vieja y no puedo esperar. He visto nacer la simpatía en los corazones de ustedes y quiero que sean felices á pesar suyo...

FEDER. (*Con dignidad.*) Doña Teresa, soy demasiado franco para no confesar á usted que alguna vez cierta alhagüeña esperanza ha nacido en mi pecho, pensando en Margarita; pero la reflexion ha venido despues: he considerado mi humilde posicion y por deber y delicadeza he guardado silencio. Hoy que se me pide una explicacion debo decir, que si mi fortuna hubiera sido otra, Margarita habria sido la persona de mi eleccion, pero...

TERESA. Y quién se lo impide á usted?... esas son tontunas!... Cosas de chicos... ridiculeces...

FEDER. Quién me lo impide? Pregunte usted á su sobrina : la he oido muchas veces discutir esa cuestion terrible de porvenir, de grandeza y de miseria, y sus argumentos, que encuentro justos, me han hecho reflexionnar mucho. Sin embargo, que hable y sea lo que fuere lo que decida, estoy pronto á obedecerla.

TERESA. Veamos, habla tú, niña, porque yo no comprendo tu silencio...

MARG. (*Como disgustada.*) Tia, siento en el alma que me ponga usted en este compromiso, pero yo no quiero sacrificarme tan pronto. Mi negativa no tiene nada de personal, don Federico, y léjos de eso, su noble conducta, sus atenciones...

FEDER. Mil gracias, Margarita... basta...

TERESA. Y en qué razones te fundas para... desairar á un jóven tan bueno, tan noble... tan...

MARG. Puesto que usted me obliga á explicarme más claramente, sea. La miseria me causa miedo, me extremece! Ustedes saben bien que las impresiones de la infancia jamás se borran y la mia fué probada bien cruelmente!... Cuántas veces he temblado de frio junto al hogar por carecer de leña! Cuántas otras he pedido pan, y solo me han contestado con lágrimas!... mis padres eran pobres y yo no los culpo, pero tambien es cierto que he sufrido mucho y procuro evitar en lo sucesivo una situacion idéntica!...

TERESA. Y es una niña de veinte años la que se expresá así!... Parece increible!... en mi época y á tu edad no teníamos los jóvenes en los labios otra palabra que «amor», en esa edad feliz de aspiraciones generosas y dulces esperanzas!...

FEDER. Yo creo, por el contrario, que Margarita tiene razon; reflexiona con juicio y hace bien en asegurar su porvenir con un hombre que la ofrezca una posicion de que yo carezco.

TERESA. Pero usted es jóven, tiene talento y fe... Quién sabe si algun dia será usted rico, muy rico!

FEDER. Ni lo ambiciono ni lo espero; me basta mi modesta medianía para ser feliz... Un hombre sin vicios tiene cubiertas sus necesidades con bien poco.

TERESA. Oh! (*Con amargura y sentimiento.*) Yo habia soñado otra cosa!...

FEDER. Por mi parte doy á usted gracias; pero ya ve usted que es un sueño irrealizable!...

TERESA. Pero entónces, niña, porque admitia usted las relaciones de don Federico? por qué engañarme haciéndome concebir una esperanza?...

MARG. Tia, esas relaciones nunca tuvieron un carácter formal; relaciones de niños que no debemos alimentar por mas tiempo. Mi franqueza no debe ofender á ustedes: don Federico será siempre para mí un cariñoso hermano, pero nada más, y si algun dia me veo obligada á elegir esposo, haré callar á mi corazon, y no daré mi mano, ni someteré mi destino sinó á un hombre que anticipadamente me garantice con una fortuna las adversidades del porvenir...

TERESA. (*Llaman á la puerta.*) Creo que han llamado... Quién será el importuno?...

FEDER. No se incomoden ustedes, yo abriré...

MARG. (*Aparte.*) Cómo late mi corazon!... Si será él?... (*Viéndolos.*) Ah!...

ESCENA VI.

LOS MISMOS.—DON LUIS.—BERNARDO, con un gran paquete debajo del brazo.

BERN. Doña Teresa Gutierrez, vive aquí?

TERESA. Qué quiere decir esto?...

FEDER. Aquí vive... preguntan por usted... (*Señalando á doña Teresa.*)

BERN. (*Llamando á don Luis.*) Capitan... podemos abordar... estamos en el puerto.

UIS. (*Con respeto.*) Perdónenme ustedes, señoras, si me presento en su casa sin hacerme anunciar anticipadamente como debiera, pero...

BERN. Pues qué, no le he anunciado yo á usted con todas las reglas del arte?

LUIS. Calla! (*A Bernardo.*) Señora lo que tengo que decir á usted es algo grave y si usted pudiese concederme algunos instantes?...

BERN. Aves de paso en estos remotos climas quisiéramos...

LUIS. (*Conteniéndole.*) Te he dicho que te calles...

BERN. Obedezco... Donde hay patron no manda marinero...

TERESA. (*A Margarita.*) Déjanos niña... (*Margarita al retirarse cambia una mirada con don Luis.*)

MARG. (*Aparte.*) Me ha cumplido su palabra! Sueño de ambicion que me sonries, realiza mi esperanza!... (*Váse por la puerta derecha: durante estos apartes don Luis y Bernardo lo examinan todo.*)

TERESA. Y usted, don Federico, vuelva lo mas pronto posible; no pierdo aún la esperanza de alcanzar...

FEDER. Doy á usted mil gracias, pero es inútil... (*Saluda y vase por el fondo.*)

LUIS. (*Aparte á Bernardo.*) Quien es este jóven?... Mi amigo García no nos ha hablado de él!...

BERN. (*Bajo al Capitan.*) Algun primito... Los primos son siempre peligrosos... le vigilaremos de cerca...

LUIS. No nos han engañado; mira qué habitacion tan arreglada, tan sencilla...

BERN. Sí, parece un camarote de timonel!...

LUIS. Todo aquí respira honradez!...

ESCENA VII.

DOÑA TERESA.—DON LUIS.—BERNARDO.

TERESA. Ahora, caballero, escucho á usted...

BERN. (*Presentando sillas.*) Capitan, el viento es bonan-

cible, largue usted el foque y zafarrancho de combate.

LUIS. (*Con embarazo.*) Señora... verdaderamente no sé cómo empezar...

BERN. Sin embargo, usted era impetuoso en el abordaje. Quiere usted que me encargue yo de un reconocimiento de vanguardia?... Pues allá va. (*Adelantándose hácia doña Teresa que está sentada.*) Señora, perdone usted... el capitan no está acostumbrado á parlamentar con el bello-sexo, pero yo que soy un lobo marino... en fin, el caso es que mi capitan se fastidia en tierra, porque... para... (*Titubeando y cortado.*) Pues señor, la cuestion es mas difícil de lo que yo creia...

LUIS. Sí, señora; obligado á renunciar al mar por órden de los facultativos, he tenido que decir adios, á mi querido bergantin...

TERESA. Hasta ahora no comprendo...

BERN. Tenga usted un poco de paciencia.

LUIS. Para obedecer esta órden y que me fuera menos sensible el sacrificio, me dediqué á viajar, acompañado de mi marinero Bernardo, que me ama mucho, y no ha querido abandonarme...

BERN. Pues no faltaba mas!...

LUIS. Hemos recorrido juntos las costas de Francia y de Italia, los puertos del Océano y del Mediterráneo, pero me aburro, me canso, y más de una vez estuve á punto de desobedecer las órdenes de los médicos y embarcarme para Puerto-Rico ó Filipinas.

BERN. Por cuya razon y como lo primero de todo es la salud, me dediqué yo á descubrir una cadena bastante sólida que lo sujetase en tierra... Esa cadena es una mujer... Dos lindos brazos son un cable bastante seguro para echar el ancla en cualquier parte, sin temor de zozobrar...

LUIS. Poseo grandes riquezas, legítimamente adquiridas, bienes de fortuna ganados y heredados honrosamente; un palacio en Barcelona, una quinta en Andalucía y rentas suficientes para...

TERESA. Pero señores, yo no comprendo...

BERN. Es que bordeamos para llegar mas fácilmente al punto de mira!...

LUIS. Hace quince dias llegamos á este pueblo.

BERN. Puerto regular, con su astillero y sus barcos de doscientas toneladas; pero lo que al capitan le ha llamado más la atencion es una goletilla empavesada, que se balancea como una gabiota sobre sus penoles, y que...

LUIS. En fin, señora, he visto á su sobrina de usted y la amo. Su porte, su belleza, sus maneras distinguidas, causaron una impresion en mi ánimo que no olvidaré jamás.

TERESA. Confesaré á usted, caballero, que ya tenia noticias... pero...

LUIS. Cómo? Será posible?...

TERESA. Hace un instante que mi sobrina me lo ha confesado todo.

BERN. Es decir que la bocina anunció, con anticipacion, que habia moros en la costa!... Este es un ardid de guerra...

TERESA. Yo agradezco á usted mucho, caballero... pero... está usted seguro de amar á mi sobrina?

LUIS. Como se ama á mi edad, señora. Tengo cuarenta años y busco una noble compañera que consienta en cambiar sus hermosos años por un nombre honrado y una fortuna respetable.

BERN. Añada usted, señora, que el capitan don Luis de Mendoza es el mejor de los hombres, el más generoso, el más...

TERESA. Pero es que mi sobrina...

BERN. (*Viendo entrar á Margarita.*) No se moleste usted, señora, la goleta capitana arriba al puerto y ella misma nos dará la contestacion.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS.—MARGARITA, poco despues DON FEDERICO.

LUIS. (*Saludando.*) Señorita!

MARG. Todo lo he oido, caballero, y veo que es usted hombre de palabra...

BERN. (*Aparte.*) Conque estaba escuchando!... Oh! las mujeres!... en todas partes son lo mismo...

TERESA. Es decir, Margarita, que tú sabias...

BERN. (*Aparte.*) Bonito nombre!... Se lo pondré á la barquilla que tenemos en el estanque de la quinta...

TERESA. Y cuál es tu decision?...

MARG. (*Dudando y aparte.*) Qué hacer. ¡Dios mio! Me siento tan turbada, tan conmovida!...

BERN. (*Aparte á Margarita.*) Señorita, una palabra y seremos dos para amarle... (*Alto.*) Ah!... se me olvidaba lo mejor... poner en práctica las costumbres de Méjico. Cuando uno se embarca, es necesario no hacerle á la vela sin el bizcocho. Aquí traigo, con anticipacion, estos regalillos de boda, y es costumbre en aquellos países distribuirlos entre los pobres si la novia no los admite... Vea usted: ricos mantones, encajes, vestidos, aderezos de brillantes... (*Extendiéndolo todo sobre la mesa.*)

LUIS. Si su corazon está libre, acepte usted y la juro que jamás derramará una lágrima por mi causa; que no formará un deseo que no vea satisfecho inmediatamente, y que consagraré todos los instantes de mi vida á hacerla dichosa!...

MARG. (*Despues de reflexionar un instante y con resolu-*

cion.) Caballero, su noble porte, su franco lenguaje, han conseguido conmoverme, fascinarme tal vez... Creo á usted y acepto con orgullo la honra que me ofrece.

LUIS. (*Con júbilo.*) Será cierto!...

BERN. (*En el colmo de la alegría y tirando el gorro al aire.*) Bravo!...

TERESA. (*Aparte á Margarita.*) ¡Qué has hecho, desgraciada!...

MARG. (*Aparte á Teresa.*) Realizar el sueño de toda mi vida! (*Don Federico entra en escena y escucha.*)

TERESA. Has sacrificado al orgullo el amor de don Federico, no será por cierto tu último sacrificio!...

BERN. (*A doña Teresa.*) Diga usted, señora, no hay ningun cañon en ésta casa?

TERESA. (*Con mal humor.*) Un cañon? Y para qué?

BERN. Toma, para hacer las salvas de ordenanza... Capitan, ahora si que podemos decir, que hemos dado fondo.

TERESA. (*Llorando.*) Y yo quedaré sola, olvidada para siempre...

FEDER. (*Que se ha ido aproximando lentamente.*) Yo no la abandono á usted... Usted será mi segunda madre.

TERESA. (*Estrechando su mano.*) Ah!...

FEDER. Que ella sea feliz, es lo que debemos pedir al cielo!

(Durante este aparte Bernardo, don Luis y Margarita hablan en el lado opuesto: don Luis besa la mano á Margarita, en tanto que Bernardo la enseña las joyas y don Federico estrecha y besa la mano de doña Teresa.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Un salon ricamente amueblado: á la izquierda un escritorio. Puertas al fondo que dan sobre un jardin con balaustrada. A derecha é izquierda puertas que se suponen dar á las habitaciones interiores.

ESCENA PRIMERA.

DON LUIS.—OLGA.

D. Luis aparece sentado junto al escritorio, con la cabeza entre las manos y como atormentado por una idea penosa. Olga, con el traje de las criollas, permanece de pié delante de la puerta izquierda.

LUIS. (*Examinando una cuenta.*) Oh! no... nada hay mas inexorable que los números... Imposible! (*Levantándose con impaciencia.*) Imposible!...

OLGA. Desea usted algo? (*Aproximándose.*)

LUIS. Ah! eres tú, Olga? estabas ahí? (*Se oye dentro un piano.*) Quién toca el piano á estas horas?

OLGA. Es la señora que estudia.

LUIS. Bien, cierra la puerta. (*Olga obedece.*) Vamos, la suerte está echada!... ya no es posible retroceder.

OLGA. Señor, yo no soy mas que una pobre esclava que debe á usted su libertad; no tengo talento, pero sí el instinto de mi raza, y sin comprender nada, adivino...

LUIS. (*Esforzándose por sonreir.*) Y qué adivinas?

OLGA. Hace tres años que, al regresar con Bernardo de un viaje de muchos meses, me dijo usted: «Olga, te traigo una nueva ama á quien debes querer y respetar como á mí mismo.» Besé la mano de la señora, y sin poder explicarme el porqué, lejos de alegrarme, se me oprimió el corazon.

LUIS. Sin embargo, por esta vez, tu instinto te engañaba; han trascurrido tres años y la felicidad nos sonrie.

OLGA. Entonces, por qué la señora permanece siempre fria é insensible á las bondades que usted la prodiga? No he visto aún ni una sola vez la sonrisa en sus labios, ni una lágrima en sus ojos, ni la menor emocion que la conmueva!

LUIS. No obstante, Margarita es siempre buena para mí, y yo soy completamente feliz!

OLGA. Si es así, por qué pasa usted sus dias y sus noches intranquilo, agitado, hojeando papeles y repitiendo muchas veces, como hace un instante. Imposible! Imposible!

LUIS. Son negocios que tú no puedes comprender... cálculos, cuentas, proyectos...

OLGA. A la señora le pareció pequeña y harto modesta nuestra habitacion, y sin embargo de que era la casa donde usted habia nacido, por darla gusto, se decidió usted á venderla.

LUIS. El sacrificio era bien pequeño: además, la casa verdaderamente no tenia muchas comodidades, y por eso he alquilado este palacio, que á sus buenas condiciones, reune la de tener vistas á la muralla de mar, que para mí es una distraccion!

OLGA. Yo nada tendria que decir, si no observase que la señora admite todas sus cariñosas atenciones con la mas fria indiferencia. No parece sino que cree

que usted no la ha pagado aun bastante caro...

LUIS. Olga! (*Con severidad.*) Yo no puedo permitirte...

OLGA. Dispénseme usted. (*Humildemente.*) Pero es mi cariño el que me hace discurrir así... Usted ha sido para mí más que un padre, y...

LUIS. Es verdad; sé que me quieres mucho, y tal vez dentro de poco pondré á prueba tu cariño...

OLGA. Oh! Hable usted!... hable usted! mi vida le pertenece! (*Con entusiasmo.*)

LUIS. Alguien viene... silencio!

ESCENA II.

DICHOS.—MARGARITA.—BERNARDO.

MARGAR. (*Dirigiéndose al capitan y estrechando su mano.*) Buenos dias, amigo mio!

BERN. Buenos dias, capitan: aquí tiene usted el correo. (*Dándole algunas cartas.*)

LUIS. Dame pronto... precisamente espero una contestacion que me interesa.

BERN. Perdóneme, usted si me he retardado un poco; pero cuando oigo á la señora tocar el piano, me quedo encantado como un papanatas en medio de la sala...

LUIS. (*Despues de haber abierto las cartas y con sentimiento se dirige á la mesa á colocarlas.*) Nada todavía!

BERN. (*Viendo á Olga y bruscamente.*) Qué haces tú aquí?

OLGA. (*Con calma.*) Aguardar las órdenes de la señora.

BERN. Para nada te necesita. (*Con mal humor.*) Vete.

MARGAR. Vamos á ver. (*A Bernardo.*) ¿Por qué siempre está usted en pugna con la pobre Olga?

BERN. Porque parece mi sombra... porque creo que lo

hace á propósito para contrariarme, y el mejor dia...

MARGAR. Y todo por que me demuestra la misma solicitud que usted. (*Sonriéndose.*) Eso no es justo.

OLGA. Déjele usted señora. (*Con ironía.*) Bernardo sabe perfectamente que yo no temo á los tigres: en mi país estamos familiarizados con el peligro y nada nos asusta.

MARGAR. Basta de niñerías. Olga, ves á preparar mi traje; te sigo al tocador... pienso asistir al concierto matinal que anuncian hoy en el Liceo á beneficio de un pobre artista...

LUIS. Si no fuera para tí una contrariedad, te suplicaria me sacrificases esa diversion: espero una carta de gran interés, y tal vez necesite consultarte.

MARG. Como gustes; pero francamente, en esta casa me aburro, y la mayor parte de las horas puede decirse que está inhabitable.

LUIS. Por qué?

MARG. Como se halla en venta, á cada instante se ve una precisada á admitir á personas extrañas que todo lo examinan, que observan, miden, preguntan, y esto, francamente, me fastidia.

LUIS. Es verdad, lo comprendo, pero cómo remediarlo?

MARG. Hable usted. (*Bajo á Bernardo.*) Este es el momento oportuno.

BERN. Cómo remediarlo? (*Como con miedo.*) Muy sencillo... tiene usted un medio.

LUIS. Cuál?

BERN. Comprar la propiedad... así cortamos por lo sano.

LUIS. De veras? (*Tocándole en el hombro.*)

MARG. (¡Jamás responde cuando se le hace esta proposicion!) ¿Y es tan urgente lo que tienes que comunicarme?

LUIS. No solo urgente, sino mucho más grave de lo que puedes imaginarte.

MARG. ¿Tal vez el negocio que hace quince dias tanto te preocupa?

LUIS. Precisamente.

MARG. Y por qué no tomas un secretario?... Cuando uno es rico...

LUIS. (*Con amargura.*) Rico!... (*Conteniéndose.*) Toma; estas cartas son para tí... Creo que son invitaciones, prospectos, cuentas...

MARG. (*Abriendo y mirando algunas.*) Ah! sí; esta es la de la modista... Ocho mil reales por mi último traje de baile! no me parece caro...

BERN. Y que la sienta á usted á las mil maravillas!

MARG. (*Abriendo otro papel.*) El joyista Pontalva ha fallecido, y ha dejado su tienda y sus existencias al señor don José Valdivieso, su sobrino, el cual nos invita á visitar sus almacenes. No faltaré! su tienda es una verdadera maravilla.

LUIS. (*Escribiendo en el otro lado.*) Barcelona va poniéndose en un estado de lujo que se asemeja á un pequeño París.

MARG. (*Que continúa leyendo.*) ¡Una invitacion de baile en casa de Duran, el comerciante! ¡Reuniones caseras sin importancia! No pienso asistir.

LUIS. Sin embargo, es una familia muy apreciable.

MARG. (*Abriendo otra carta.*) Ah! ¡Otra reunion en casa de la condesa de Campo Verde! es extraño! ¡no ha ha tenido nunca la atencion de invitarnos!

LUIS. Es, segun dicen, la reina del buen gusto; la mujer de moda, y la más elegante de Barcelona.

MARG. (*Con despecho.*) La detesto! ¡Su aire de proteccion me hiere, su altivez me humilla!... Por mi parte, no pienso asistir tampoco á su reunion.

LUIS. (*Con bondad.*) Hija mia, no acabo de comprenderte... Los unos son demasiado humildes para que los honres con tu presencia; los otros dema-

siado elevados! Creo que deberias aceptar la leal amistad de todo el mundo, sin orgullo y sin desden. ¿Por qué tener celos de aquellos á quienes la suerte ha colocado en mejor posicion que tú? ¿Por qué despreciar á los que se hallan colocados más humildemente? (*Toma una carta.*) Veamos si te agrada esta tercera invitacion... ¡Un baile en la Capitanía general! Allí estarás, segun presumo, más á tu placer, pues mis títulos y mis servicios me hacen igual á todos.

MARG. Imposible! tampoco puedo presentarme en ese baile, lo cual siento en el alma!

LUIS. Y por qué?

(*Margarita hace señas de inteligencia á Bernardo.*)

BERN. (*Con resolucion.*) No tiene mucho que discurrir... Dígame usted, capitan; cuando su bergantin debia presentarse en una parada marítima y en medio de toda una escuadra brillantemente empavesada, luciendo todos sus rizos y gallardetes, habria usted consentido en aparecer con las velas desgarradas y el pabellon caido?

LUIS. Jamás! Mi bergantin era el más hermoso buque de toda la línea... pero no comprendo...

MARG. Para asistir á ese baile, amigo mio, es necesario un aderezo nuevo, un traje que no me hayan visto hasta ahora; presentarme, en fin, sin temor al ridículo y en estado de poder mantener la competencia, pero de algun tiempo á esta parte te has vuelto tan económico...

BERN. Eso es lo que yo queria decir.

LUIS. Pero reflexiona, mi querida Margarita, que á ese paso nuestra fortuna desaparecerá en un año, y si no miramos por el porvenir, pudiera llegar un dia, en que la miseria que tanto te espanta...

MARG. Qué dices? La miseria!! (*Impresionada.*)

BERN. Oh! Capitan. ¡Por qué dice usted esas cosas cuando sabe que tanto la afligen!

LUIS. Y sin embargo, es la verdad!

MARG. Pero hay mil medios de aumentar tu fortuna; yo veo otras gentes que son ménos que nosotros, que cuentan con ménos recursos, y sin embargo...

LUIS. Sí, haciéndose especuladores, arriesgando su fortuna en una jugada de bolsa, traficando con su honor y su reputacion, hasta el dia en que perdido cuanto hay de más sagrado para el hombre de bien, que es la honra, se ven en la necesidad de apelar al suicidio para huir á los remordimientos y á la vergüenza! No, mil veces no. El capitan Mendoza morirá como ha vivido: sin una mancha en la frente y con la conciencia tranquila.

MARG. (*Con resignacion forzada en que aparece el despecho.*) Sea: permanezcamos en nuestra modesta situacion, puesto que así te parece bien; pero recuerdo que un dia me dijiste... «No formarás un deseo que inmediatamente no veas realizado.» y yo habia creido que tenia derecho...

LUIS. (*Con sorpresa.*) Margarita!

BERN. Es verdad, capitan, usted se lo dijo...

LUIS. (*Con severidad.*) Está bien. (*Despues de un momento de silencio.*) Gracias, por habérmelo recordado.

MARG. (*Procurando atenuar el efecto.*) Sentiria haberte ofendido.

BERN. (*Con timidez.*) Capitan, no ha sido mi intencion...

LUIS. Basta, Margarita; amas el lujo, y esta pasion terrible te hace olvidar, áun á pesar tuyo, otra clase de sentimientos más dulces y más tranquilos... No quiero contrariarte en lo más mínimo, y á pesar de todo, realizaré tus deseos.

MARGAR. Dispénsame si en un momento de locura!...

LUIS. Nada, nada; estás en tu derecho; no puedo ni debo quejarme!

ESCENA III.

DICHOS.—OLGA.

OLGA. (*Entrando con una carta en la mano.*) Señor, esta carta que acaban de traer para usted...

LUIS. Dame. (*Viendo el sobre.*) La esperaba con impaciencia.

OLGA. El criado espera la contestacion.

LUIS. (*Despues de haber leido.*) Gracias al cielo, mis condiciones han sido aceptadas!

OLGA. Señora, todo está pronto para vuestro tocador.

MARGAR. Es inútil: hoy ya no salgo. Voy á dar un paseo por el jardin; (*á Luis*) cuando quieras hablarme de ese negocio que tanto te preocupa, en él me encontrarás; pero antes, te suplico que me perdones un momento de vivacidad. (*Con cariño.*) No me guardas rencor, no es cierto?

LUIS. Guardarte rencor! perdonarte! y de qué? Si tú supieras cuánto te amo!

MARGAR. Sí, sí; lo creo, lo conozco, y cuando por efecto de mi carácter te causo algun pesar, despues, mi sentimiento es mucho mayor considerando cuán injusta he sido con un esposo tan bueno como tú.

LUIS. Vamos, vé al jardin; procura distraerte; (*abrazándola*) mi mayor placer es verte siempre contenta y dichosa! (*Vase Margarita seguida de Olga: Bernardo va á marcharse tambien pero don Luis le detiene.*)

ESCENA IV.

DON LUIS.—BERNARDO.

LUIS. Tú quédate, necesito hablarte.

BERN. Yo no sé por qué, capitan, pero encuentro á usted hoy mas serio y preocupado que de costumbre.

LUIS. Lee esa carta. Es de uno de los comerciantes mas ricos de Barcelona.

BERN. «Mi querido don Luis. (*Leyendo.*) Acepto sus condiciones. La empresa es demasiado grave, el negocio harto importante, y los intereses que deben exponerse demasiado crecidos para confiar el mando de esta expedicion á ningun otro que á usted:» —Expedicion! mando!... que quiere decir esto?

LUIS. Continúa.

BERN. «La fortuna de usted y la mia se verán centuplicadas en menos de un año. Por espacio de mucho tiempo ha vacilado usted; pero hoy es preciso decidirse.» —Hoy? no comprendo...

LUIS. Acaba.

BERN. «Dejo á usted libre para reflexionarlo, hasta las dos de la tarde, no considerando á usted comprometido formalmente hasta el momento que le vea sobre el puente del *Pluton* dando la voz de levar anclas y hacerse á la vela.»

LUIS. A las dos en punto empuñaré la bocina, y dentro de dos meses el bergantin *Pluton*, mandado por el capitan don Luis de Mendoza, cruzará los hielos del polo.

BERN. Será posible! (*Con exaltacion.*) Volver al mar! respirar la embalsamada brisa del Océano... Ah! yo

no podré decir á usted todo lo que experimento en este instante! Dónde hay nada que pueda compararse con esto?

LUIS. Con que es decir que tú apruebas que vaya á desafiar nuevos peligros, por buscar las riquezas que ella tanto ambiciona?

BERN. (*Conteniendo su exaltacion.*) Ah! con que es por ella?... pero ahora que reflexiono... los médicos han prohibido á usted navegar, recomendándole la quietud, y solo en mi insensata alegría, he podido olvidar que le es á usted imposible emprender ese viaje.

LUIS. Sin embargo, lo emprenderé... No tienen ustedes el derecho de detenerme, y hoy menos que nunca, puesto que se han permitido evocar recuerdos que siempre me afligen.

BERN. Pero la señora se opondrá indudablemente.

LUIS. Tú la harás comprender que cumplo con un deber sagrado. ¿No ofrecí hacerla feliz? ¿No me han recordado ustedes hace un momento, lo mismo ella que tú, mi promesa de satisfacer hasta el menor de sus caprichos?

BERN. Pido á usted perdon, mi capitan; si yo hubiese sabido! pero es imposible! ni la señora ni yo consentiremos en este sacrificio que puede costar á usted la vida, y cuando ella sepa...

LUIS. Mi resolucion es irrevocable. Además, no eres tú mismo quien, áun mas que pudiera hacerlo yo... se convierte en apadrinador de sus menores caprichos, los cuales han llegado al extremo de conducirme al borde del precipicio... de la ruina?...

BERN. Capitan, usted exagera! Su situacion no es tan mala como dice...

LUIS. (*Dándole unos papeles.*) Mira esos papeles y te convencerás; dentro de un año no podria ofrecerla

sino desdichas y privaciones. Este viaje me proporcionará la dicha de pagarla mi deuda, y á mi regreso tal vez consiga verla sonreir, siquiera una vez... La seduce el lujo, la vanidad la embriága... desea brillar! pues bien; prometo hacerla tan rica y poderosa como puede serlo una reina!

BERN. (*Con energía.*) Puesto que así lo ha determinado usted, sea. Tiene usted razon, capitan, la cubriremos de oro! Vayan al diablo los temores, las reflexiones y los médicos! Mi alegría vuelve á renacer.. Todo por ella y para ella!... Y al fin conseguiremos que sea feliz! Llorará un poco en el momento de la partida, es natural, pero despues!... Vamos á ver, capitan, que dirá usted que es lo que mas desea en este momento?

LUIS. No puedo adivinar...

BERN. La posesion de un collar de brillantes; me lo ha confesado esta mañana.

LUIS. Lo tendrá: yo te lo prometo.

BERN. Perfectamente! (*Con alegría.*)

LUIS. Ahora dame mi sombrero y mi pipa.

BERN. La pipa? yo creia que habia usted abandonado ese vicio... (*Dándole una pipa y sacando la suya de su bolsillo.*)

LUIS. Si, tambien por darla gusto; pero á bordo es una distraccion y casi una necesidad.

BERN. Y adónde vamos ahora?

LUIS. A casa de mi banquero: allí te convencerás si era ó no tiempo de tomar una determinacion. (*Margarita aparece.*)

BERN. La señora! escondamos las pipas, que nos va á oler... (*Ambos esconden sus pipas.*)

ESCENA V.

DICHOS.—MARGARITA.

MARG. Van ustedes á salir? (*Con una rosa en la mano.*)
BERN. Sí, señora; vamos...
LUIS. Silencio! (*Interrumpiéndole.*)
MARG. Es á causa de ese negocio que me has anunciado?
LUIS. Precisamente, y á nuestro regreso lo sabrás todo.
MARG. (*Dándole la rosa á Luis.*) Si te dignas admitir esta rosa! la he cogido en el jardin para tí!
LUIS. Mil gracias Margarita. (*La coge.*) No sabes cuánto te agradezco este recuerdo!
BERN. (*Aparte á Margarita.*) Adios, señora; en este momento vamos precisamente en busca de la felicidad... á proporcionarla una sorpresa.
LUIS. Hasta luego. (*A Margarita.*) Vamos! (*A Bernardo.*)
MARG. (*Aparte á Bernardo.*) Pero antes, explíqueme usted.
BERN. Imposible! (*Marchándose.*) Me lo han prohibido... (*Vase detrás del capitan.*)

ESCENA VI.

MARGARITA, sola.

Que van en busca de la felicidad! Oh! ya entiendo! Mi esposo habrá comprendido al fin que mis exigencias no se hallan en desacuerdo con sus recursos... desea contentarme, y se dispone á proporcionarme todo lo que me hace falta para asistir dignamente al baile de la capitanía gene-

ral... Sí, sí, yo necesito distraerme, aturdirme, porque á pesar de todo, no soy feliz! Cuando recuerdo que mi pobre tia ha muerto lejos de mí, sin perdonarme, maldiciéndome tal vez!... Conozco que mi corazon se oprime y que algo parecido al remordimiento! (*Momentos de pausa.*) Remordimiento! y de qué? nada; es preciso que aleje de mi imaginacion todos estos fantasmas que me atormentan... solo hallaré el olvido en medio del lujo y de los placeres que mi estado y mi fortuna deben proporcionarme.

ESCENA VII.

MARGARITA.—OLGA.—Despues LUISA y JOSE.

OLGA. Un caballero y una señora desean ver á usted... me han dado su tarjeta.

MARG. (*Leyéndola.*) «José Valdivieso. Joyista.» Ah! es el nuevo dueño del almacen Pontalva, que vendrá sin duda á ofrecerme sus servicios. No estoy de humor de visitas... díles que en este momento no recibo á nadie.

JOSE. (*Entrando por el fondo seguido de su mujer, ambos elegantemente vestidos.*) En casa de los amigos no debe uno anunciarse, sino entrar hasta donde se hallen.

MARG. Qué quiere decir esto? (*Con seriedad.*)

JOSE. Ah! aquí la tenemos ya: (*á su mujer*) entra, mujer.—Buenos dias, señora... somos Luisa y José, sus vecinos de Cartagena... qué... ya no nos conoce usted? (*Haciendo cortesías.*)

LUISA. (*Adelantándose y con alegría.*) Mi querida Margarita!

MARG. (*Con frialdad y desconociéndola.*) Señora!...

JOSE. Por casualidad hemos sabido que estaba usted en Barcelona, y mi mujer y yo deseando dar á usted un abrazo...

LUISA. (*A José viendo la frialdad de Margarita.*) José, creo que nos hemos equivocado... nosotros juzgamos el corazon ajeno por el nuestro, y mucho temo...

MARG. Necesitan ustedes de mi proteccion? En qué puedo servir á ustedes?

JOSE. Su proteccion! (*Asombrado.*) Pues yo creo que estamos decentemente vestidos! (*Mirándose.*)

LUISA. Mil gracias, señora. (*Ofendida.*) Afortunadamente hoy dia nos hallamos en situacion de servir á los demás... perdone usted si únicamente siguiendo los impulsos de nuestro corazon y recordando la amistad que nos unió en otro tiempo...

MARG. (*Conmovida y tendiéndola la mano.*) José! Luisa! perdonadme! Os he ofendido sin querer.

LUISA. Eso es otra cosa! Ven á mis brazos! (*Abrazándola y besándola.*) Yo no sé guardar rencor.

JOSE. Magnífico! Eso es hablar en plata.

MARG. Con que es usted el que se halla al frente de la joyería Pontalva? Aquí tengo el prospecto, pero no creí que fuera usted...

JOSE. Sí, señora; talleres, almacen, existencias, todo me pertenece! Antes me llamaba José á secas, y hoy me llaman don José Valdivieso, lo cual no me parece mal.

MARG. Ven acá, siéntate á mi lado. (*Haciendo sentar á Luisa en el sofá y á su lado.*)

JOSE. (*Sentándose en una silla próximo al sofá.*) Así me gusta... hablemos en familia... Como buenos amigos... nosotros no hemos dejado un momento de querer á usted... Cuando la amistad es verdadera...

LUISA. Cuántas veces te hemos recordado!

MARG. Y cómo en tan poco tiempo ha podido cambiar su situacion?

JOSE. Cuando se tiene fe y valor para luchar, concluye uno siempre por vencer su mala estrella... Una piocha de brillantes ha sido la base principal, de nuestra elevacion.

MARG. De veras?

JOSE. No se debe desesperar jamás. Figúrese usted que llegamos á Barcelona, y mi tio, con el cual contábamos para aliviar nuestra suerte, al vernos tan mal trazados, nos cerró las puertas de su casa, y tuvimos que alquilar una boardilla, donde casi estábamos pereciendo; pero siempre alegres, siempre contentos!

LUISA. El tio se figuró que nuestra miseria provenia de nuestra mala conducta...

JOSE. Cuando una mañana, por cierto que no habiamos comido en veinticuatro horas, hétenos que llaman á nuestra puerta...

LUISA. Y era la fortuna que venia en nuestro auxilio.

MARG. La fortuna?

JOSE. Disfrazada en traje de corte.

LUISA. Era la condesa de Campo-Verde.

MARG. (*Con seriedad.*) Ah! Con que tambien ustedes conocen á esa señora?

JOSE. Claro está; como que en el dia es una de nuestras principales parroquianas.

LUISA. En una palabra, la condesa traia una piocha de brillantes de un valor extraordinario, que habia comprado en Florencia, y que habiéndosele perdido una de sus piezas, no habia ningun joyista en Barcelona que se atreviese á componerla. La habian hablado del mérito de mi marido, y venia á proponerle la obra. Figúrate cuál seria nuestra alegría.

JOSE. Yo la acepté inmediatamente, realizándola con tan

buena fortuna, que á los pocos dias, no solo todos los plateros admiraron y elogiaron mi trabajo, sino que mi tio se vió precisado á buscarme encargándome la direccion de sus almacenes.

LUISA. El pobre ha muerto hace algun tiempo, dejándonos por herederos de toda su fortuna: cerca de dos millones!

MARG. No saben ustedes la satisfaccion que experimento al oirles. Dios ha recompensado á ustedes tanto como han sufrido.

JOSE. Sin embargo, nosotros no somos orgullosos, y con la misma indiferencia que soportamos anteriormente la miseria, hemos aceptado la fortuna que tan milagrosamente el cielo nos ha enviado..

LUISA. Pero á que no aciertas quién fué la persona que nos recomendó á la condesa? Cosa mas rara!

MARG. No puedo adivinar!

JOSE. Toma! Don Federico, el pobre médico de Cartagena, que fué novio de usted y que tambien ha encontrado su piocha de brillantes!

MARG. Ah! Con que es rico?

LUISA. Millonario!! y marqués!

JOSE. Tenia un tio en América, del cual no esperaba nada, porque existian dos hijos; pero al uno se lo llevó la fiebre amarilla, y el otro se ha hecho matar en un duelo por un inglés.

LUISA. Si hubieras seguido el consejo de tu tia, á estas horas serias marquesa, y...

MARG. (*Con disgusto.*) No hablemos del pasado, Luisa, te lo suplico.

JOSE. El está en vísperas tambien de casarse.

MARG. Casarse? él?

JOSE. Sí, por cierto, con la condesa de Campo-Verde. Ya se están haciendo los preparativos, y dentro de poco se firmará el contrato.

MARG. (*Aparte.*) (Siempre esa mujer!) (*Reparando en la caja que José tiene en la mano.*) Y qué lleva usted en esa caja? algun aderezo?

JOSE. Un magnífico collar que hemos llevado á la condesa, por si queria comprarlo... Véalo usted... es una obra maestra. (*Enseñándolo.*)

MARG. Es precioso!

JOSE. Como la condesa debe asistir al baile de la capitanía general, donde tambien está invitado don Federico, y es una señora que puede gastarlo...

MARG. (*Con emocion creciente.*) Efectivamente es una joya de una riqueza y de un gusto admirable!

JOSE. Opalos y brillantes combinados... pero la condesa dice que para ella es demasiado caro!

MARG. Yo tambien asisto á ese baile, y tal vez me quedaria con el collar si el precio no fuese tan exorbitante que asustase á mi esposo.

JOSE. Su precio son tres mil duros; pero si el capitan pusiera algun inconveniente, se le dice el que usted guste, y despues nosotros nos arreglaremos.

MARG. Oh! yo no haria eso jamás!

JOSE. Si le gusta á usted, el collar el suyo; que importa lo que cuesta!

LUISA. Tú nos has socorrido en momentos bien tristes, y hay ciertos beneficios que las personas de corazon no olvidan jamás... Nosotros tenemos muy buena memoria... Acepta el collar, y ya nos lo pagarás cuando y como puedas.

JOSE. Usted sabe muy bien que yo no trabajo jamás en cosas falsas, y mi amistad es como mis productos, de oro fino, de buena ley y con la marca del contraste.

MARG. Doy á ustedes mil gracias, amigos mios, pero no puedo admitir su obsequio... Consultaré, sin embargo, con mi esposo, y veremos...

ESCENA VIII.

DICHOS.—OLGA.—DON FEDERICO, y un lacayo con librea.— Don Federico elegantemente vestido: el criado lleva su paletó y permanece en el foro.

OLGA. (*A don Federico en la puerta.*) Caballero, esta es la única sala que me resta enseñar á usted.

MARG. Otro comprador de la finca! Qué fastidio! esto va ya siendo pesado!

FEDER. Dispénseme usted, señora, (*saludándola*) si me permito penetrar hasta aquí; es su criada la que me ha obligado á ello.

JOSE. Calle! si es don Federico! (*Reconociéndole.*)

MARG. (*Volviéndose bruscamente, dominada por la emocion, y dejando sobre la mesa la caja del collar que tiene en la mano.*) Él!... él aquí!

FEDER. (*Saludando profundamente.*) Ah! la señora de Mendoza!... Ignoraba que fuese esta su casa... si yo hubiese sabido... (*Hace un movimiento de retirarse.*)

MARG. Adónde va usted? (*Con emocion.*) Si mi presencia no le es enojosa...

FEDER. Señora! (*Inclinándose con respeto.*)

MARG. Creo que delante de nuestros buenos y antiguos amigos, bien puedo recibir á usted y en ello tengo una satisfaccion.

FEDER. Doy á usted mil gracias. (*Ceremoniosamente.*)

OLGA. (*Observando.*) (Ah! es decir que se conocian. ... Observemos.)

FEDER. Ignoraba que se hallase usted en Barcelona; porque á haberlo sabido antes, habria suplicado á cualquiera el honor de ser presentado en esta casa; pues hace tiempo que tengo que cumplir cerca de usted con un deber sagrado.

MARG. Con un deber?

FEDER. Su tia de usted al morir...

MARG. Me ha maldecido, no es verdad?

FEDER. Oh! no por cierto. El nombre de usted se ha mezclado siempre en sus oraciones, y no ha sido pronunciado una sola vez, sin que sus ojos derramas en lágrimas!

MARG. Oh! que ella desde el cielo vele siempre por mí!

FEDER. (*Sacando una carta de su cartera.*) Aquí debo tener una carta que me encargó entregase á usted personalmente... Dispénseme usted si antes no he cumplido mi encargo.

MARG. (*Besando la carta que despues coloca sobre el velador y enjugando sus lágrimas.*) Su última voluntad! Perdonadme, amigos mios, pero no soy dueña de mi emocion!

LUISA. La etiqueta prohibe llorar... pero si la buena doña Teresa te viese, cuánto te agradeceria esas lágrimas!

FEDER. Tambien me hizo prometer que no haria á usted mas que una visita... una sola.

JOSE. (Ya!)

FEDER. Y aunque nuestras relaciones, en el dia, no inspiran ningun peligro, cumpliré noblemente mi promesa. No faltan en Barcelona malas lenguas, y bastaria que cualquiera persona mal intencionada conociese nuestro pasado, para que formase inmediatamente una linda novela.

LUISA. Será cierto que despues de lo pasado pueda usted ver á Margarita sin experimentar la menor emocion?

FEDER. Amiga mia, usted no comprende lo que vale en el hombre la fuerza de voluntad. Que esta señora sea franca, y despues de interrogar á su corazon, que confiese si, dignamente y sin faltar á ninguno

de sus deberes, no puede tenderme la mano con la misma indiferencia que á José...

MARG. Es verdad... héla aquí... (*Ambos se estrechan la mano permaneciendo frios é indiferentes.*)

FEDER. Usted es una mujer superior, señora.

JOSE. Es decir, que el amor que ustedes se tenian era un amor Ruolz... cómo si dijéramos, piedras de Francia, montadas al aire?

FEDER. Ese es el amor del dia... si la razon, la necesidad, ó la fatalidad hubieran separado á usted de Luisa, qué habria usted hecho, amigo José?

JOSE. Yo? matarme! ahorcarme de un pino.

FEDER. Y se hubieran reido de usted! Hoy dia se razona con mas juicio... Se sufre un poco, pero continúa uno viviendo, y al fin y al cabo termina por casarse. Muertas las ilusiones, el positivismo se apodera del corazon, y se marcha con los ojos cerrados por la senda que la suerte nos ha trazado de antemano.

MARG. Segun eso, usted no ama á la condesa de Campo-Verde!

FEDER. (*Dudando.*) Señora, mi matrimonio con la condesa es un enlace de conveniencia; una especie de adiccion... Mi tio, al morir, me lo ha suplicado en su testamento, y solo por complacerle...

LUISA. Esa indiferencia cambiará cuando llegue usted á ser padre de familia!

FEDER. (*Encogiéndose de hombros.*) Estos matrimonios tienen la ventaja de ser siempre estériles.

MARG. Seria yo por desgracia la causa de ese escepticismo implacable? (*Vivamente impresionada.*)

FEDER. Oh! no por cierto, señora: usted no ha hecho otra cosa que imitar á los demás... es un mal crónico, y porque le juzgo irremediable, acepto la parte que me corresponde. En otra época, á los veinte

años, se soñaba únicamente con el amor: á los treinta con la gloria; á los cincuenta con la fortuna. Hoy, por el contrario, á los veinte se sueña con el oro, á los treinta se hace uno ambicioso y egoista, y quién sabe?... Tal vez á los sesenta, el amor recobra sus derechos.

JOSE. Por nuestra parte, esperamos hacer durar nuestro amor mucho más tiempo.

FEDER. Señora, pido á usted licencia para retirarme; he cumplido mi encargo, y solo me resta desear á usted la felicidad de que es digna. (*A José y Luisa.*) Adios, amigos mios; ya saben ustedes donde vivo, y que tengo un verdadero placer en recibirles siempre que gusten favorecerme.

JOSE. Mil gracias. (*Estrechando su mano.*)

OLGA. (*Que ha permanecido en el fondo adelantándose asustada.*) Señora, el capitan! (*A Federico indicándole la puerta derecha.*) Salga usted por aquí.

FEDER. Y por qué ocultarme? (*Friamente.*) Yo no acostumbro á esconderme jamás. Unicamente la traicion se vale de ciertos medios.

ESCENA IX.

DICHOS.—DON LUIS.—BERNARDO.

MARG. (*Corriendo al encuentro de don Luis.*) Mi querido Luis, tengo el gusto de presentarte antiguos amigos mios. (*Señalando á Luisa y José.*) Don José Valdivieso, el joyista, y su esposa Luisa, mis compañeros de infancia. (*Saludos recíprocos.*) Don Federico del Valle, el doctor que ha cuidado á mi pobre tia en su última enfermedad, y que me ha traido

esta carta con su último adios. (*Don Federico saluda ceremoniosamente.*)

BERN. (*Con aire sombrío.*) (Calle! este es el mozo de Cartagena... yo tengo muy buena memoria!)

LUIS. (*Dándole la mano.*) Tengo un placer, caballero, en poder dar á usted personalmente gracias por cuanto ha hecho por ella... Usted nos ha reemplazado dignamente al lado de esa pobre anciana, que no sé por qué se negó siempre á venir á nuestro lado.

JOSE. Porque tenia mucho cariño á sus muebles, y eso que valian bien poco.

FEDER. La pobre señora conservaba una religiosa aficion á su humilde casa, y por nada en el mundo hubiera consentido en abandonar aquel sitio que la vió nacer.

MARG. Don Federico ha venido á ver tambien esta casa, como tantos otros.

FEDER. La cual me agrada mucho, y estoy decidido á comprarla.

BERN. (¡Un médico que tiene criados con librea y compra fincas! mucha gente ha debido matar!)

LUIS. Señor Valdivieso, precisamente vengo en este momento de casa de usted.

JOSE. De mi casa?

LUIS. Me han hablado de un aderezo...

MARG. (*Sorprendida.*) Será posible?

JOSE. Precisamente lo he traido conmigo. Véalo usted. (*Presentándoselo.*)

LUIS. Te agrada, Margarita?

MARG. (*Con infantil alegría.*) Será cierto? Oh! pero no... yo no puedo admitir... su precio es demasiado crecido.

LUIS. Y qué importa? Yo no deseo más que verte feliz, y hoy me juzgo dichoso porque te he visto sonreir.

FEDER. (Qué hermoso corazon!)

LUIS. (*A José.*) Cuando usted guste puede traer la cuenta.

JOSE. Oh! no corre prisa... Con licencia de ustedes, nosotros nos retiramos.

FEDER. Y yo tambien, si usted (*á don Luis*) me concede su permiso.

LUIS. (*Tendiéndole la mano.*) Ofrezco á usted mi casa y mi amistad, con la noble franqueza que caracteriza á los marinos.

FEDER. Y yo la acepto con orgullo, capitan! (*Saludando á Margarita.*) Señora...

MARG. Adios, don Federico... Amigos mios, (*á José y Luisa*) espero que vengais á verme amenudo.

LUISA. Todos los dias. Adios! (*Se abrazan. Federico, Luisa y José vanse por el foro.*)

LUIS. (*Presentando el aderezo á Margarita.*) Toma, mi amada Margarita; usa este aderezo que mi amor te ofrece. No sabes bien lo que gozo en este instante. (*Con emocion.*)

MARG. Sin embargo, observo que estás conmovido. ¿Qué tienes? Te atormenta algun pesar?

LUIS. Oh! no, esto no es nada... vuelve á tu cuarto... más tarde sabrás una buena noticia.

MARG. De veras?

LUIS. Adios! (*Abrazándola y acompañándola hasta su habitacion.*) Hasta luego.

MARG. Qué será, Dios mio! (*Margarita entra en su cuarto.*)

ESCENA X.

D. LUIS.—BERNARDO.

LUIS. (*Dirigiéndose al escritorio y arreglando los papeles.*) Vamos, no hay un momento que perder... Dentro de media hora debo hallarme á bordo.

BERN. (*Que ha salido y vuelto inmediatamente con un saco debajo del brazo.*) Mi equipaje tambien está listo... á bien que ni es pesado ni voluminoso.

LUIS. Tu equipaje?... estás loco?

BERN. Cómo loco?

LUIS. Entonces, no me has comprendido! Debo partir sin despedirme, y eres tú quien queda encargado de hacerlo en mi nombre.

BERN. (*Dirigiéndose á la puerta de la habitacion de Margarita.*) Pues voy inmediatamente...

LUIS. Adónde vas? Todavía no, cuando yo haya partido.

BERN. Sin mí? (*Dejando caer el saco.*) Oh! eso no es posible!

LUIS. ¿Cómo pudiste presumir que yo dejase solas á mi esposa y á Olga durante mi ausencia?... Es á tí á quien confio en esta ocasion lo que me es más caro en el mundo, mi honor y mi felicidad.

BERN. Capitan, eso no puede ser... yo no puedo abandonar á usted!

LUIS. Lo he decidido.

BERN. Capitan... Usted quiere burlarse de mí!

LUIS. Conozco perfectamente que te impongo un gran sacrificio, pero será uno más á los que ya te debo.

BERN. (*Casi llorando y desesperado.*) Capitan por favor, se lo suplico de rodillas... no me deje usted aquí!

LUIS. Vamos, cálmate y reflexiona: este viaje es necesario, la dicha de Margarita lo exige, y durante mi ausencia yo no puedo dejarla abandonada.

BERN. Pero, mi capitan; nosotros no nos hemos separado nunca, y si esto llega á suceder, nos acarreará á ambos alguna desgracia, estoy seguro...

LUIS. Tu imaginacion y el cariño que me profesas, te hacen exagerar el peligro.

BERN. Oh! no; mi presentimiento no me engaña!

LUIS. Tú fuiste siempre mi angel custodio; en adelante serás para ella su defensor, su apoyo, su guia.

BERN. (*Como herido de una idea.*) Y si la señora renunciase al lujo, al deseo de brillar: si se conformase con la modesta fortuna que áun puede usted ofrecerla, renunciaria usted á ese viaje?

LUIS. No: la ambicion, (*con sequedad*) la vanidad, el lujo, son un veneno que no tiene cura. Tal vez en el primer momento intentaria detenerme, y de buena fe prometeria renunciar á todo lo que hoy la fascina y la seduce; pero despues, esa naturaleza viciada volveria á adquirir sus derechos, y mi desgracia seria mucho mayor. Debo partir, y parto...

BERN. Oh! se lo suplico á usted! (*Desésperado.*) Por ella, por mí, por usted mismo, no me imponga usted este sacrificio, que es superior á mis fuerzas!

LUIS. Es preciso... (*Mirando su reloj.*) Es la una y media, y á los dos debo hallarme en el buque para dar la señal de la partida.

BERN. Capitan! perdon! pero yo no puedo!...

LUIS. Tu mano! (*Cogiéndosela.*) Veamos... me obedecerás? Piensa que es por su bien! (*Bernardo inclina la cabeza y permanece inmóvil. Don Luis se dirige á la puerta del cuarto de su mujer.*) Oh! quiero verla por la última vez!... (*Mirando al interior.*) Allí está; soñando con su dicha! ¿Y habria yo de despertarla? oh! jamás! (*Tomando el sombrero y dando otra vez la mano á Bernardo.*) Adios! Ah! Bernardo, yo te la confio... (*Bernardo permanece como anonadado: Don Luis que ha llegado á la puerta con intencion de marchar se detiene y ha vuelto otra vez.*) Me juras, suceda lo que quiera, volverla á mis brazos pura y digna, aun á riesgo de tu vida?

BERN. (*Con religiosa exaltacion quitándose su gorro y ex-*

tendiendo su mano.) En el nombre de Dios, os empeño mi fe. Lo juro por mi vida, por el amor que os profeso, por la memoria de mi madre que está en el cielo!

LUIS. Un abrazo!! *(Permanecen un momento abrazados, el capitan se separa y parte.)* Adios! adios!

BERN. Ah! *(Viene á caer en una silla cerca del escritorio cubriéndose la cara con las manos.)*

ESCENA XI.

BERNARDO.

BERN. *(Despues de algunos momentos de silencio y con rabia.)* Y qué me importa á mí todo lo que pueda ocurrir en esta casa! Yo no debo dejarle partir solo! he sido débil, me he dejado dominar como un niño... Pobre amo mio! *(Va á salir, Margarita aparece.)*

ESCENA XII.

BERNARDO.—MARGARITA, que entra precipitadamente con el aderezo en la mano.

MARG. Dónde está, dónde? No le he significado aun bastante bien todo el agradecimiento de que mi corazon se halla poseido. Cuán dichosa soy en este momento... al fin podré humillar una vez á la condesa!

BERN. *(Con rabia.)* Arroje usted esos brillantes, señora. Si usted supiera lo que nos cuestan!

MARG. Qué es lo que usted dice?

BERN. Tal vez la vida del capitan; porque á pesar de su edad, á pesar de los peligros á que se expone,

parte en este momento para un largo y arriesgado viaje.

MARG. Ah!! Por eso al despedirse de mí, hace un instante, (*conmovida*) las lágrimas asomaron á sus ojos; por eso estaba tan conmovido, tan agitado!

BERN. Ese obsequio era un adios supremo!

MARG. Oh! yo no quiero que parta; es preciso detenerle ¿por qué emprender ese peligroso viaje?

BERN. Por qué? porque se halla casi arruinado, porque ha empleado sus últimos recursos en comprar á usted esa joya; porque usted ama el lujo, los placeres, la vanidad del mundo, y quiere que usted sea rica á cualquier precio.

MARG. Ah! (*Cambiando de tono.*) Su noble ambicion le engrandece á mis ojos!

BERN. Pero usted impedirá que vaya á arriesgar su vida... usted no puede consentir que por su causa...

MARG. Y cómo hacerlo? (*Con frialdad.*)

BERN. Arrojándose á sus piés, deteniéndole para decirle.» Capitan, renuncio con gusto á esa vida de lujo y de grandeza que solo conduce al oprobio y á la ruina; á mí me basta tu amor... viviremos modestamente en cualquier pueblo de la costa, tranquilos, felices y rodeados únicamente de aquellos que verdaderamente nos aman.

MARG. (*Con aire sombrío.*) Volver á la miseria de donde he salido! Oh! jamás! Admiro la abnegacion de mi esposo, comprendo su cariño, y acepto con orgullo su sacrificio!

BERN. Con que es decir que le dejará usted partir? Usted no sabe, señora, las desgracias que en este instante amenazan nuestra cabeza!

MARG. Cúmplase nuestro destino! Obedezcamos á la fatalidad! Yo por mi parte me resigno! (*Viene á sentarse con indiferencia junto al velador donde*

está la carta que la entregó don Federico en la escena octava.)

BERN. (*Desesperado.*) Señora, reflexiónelo usted bien... apenas nos restan cinco minutos... corramos al puerto... aún será tiempo: el capitan no partirá hasta las dos.

MARG. (*Con frialdad.*) Si el capitan ha formado su resolucion, nuestros esfuerzos serian inútiles.

BERN. Tal vez nuestras súplicas...

MARG. (*Viendo la carta de su tia.*) Ah! la carta de mi tia, que aún no he leido... veamos qué dice.

BERN. Señora, por favor, (*suplicando*) por cuanto sea para usted mas caro en el mundo!

MARG. (*Despues de haber leido y dando un grito.*) Ah!! (*Leyendo nuevamente.*) «Margarita, tú amas á don »Federico y le sacrificas al afan de brillar en el »mundo, y á la ambicion que te domina. Decias »que me amabas y has sacrificado á tu orgullo las »mas caras afecciones de mi vejez. Crees adorar »al mejor de los esposos, y tal vez un dia lo sa»crifiques tambien á tu insaciable sed de lujo y de »vanidad. Si llega á cumplirse mi prediccion, »maldicion sobre tí.» — Ah! (*Horrorizada.*)

BERN. Oh! Dios sea loado! La anciana viene en mi ayuda! Y ahora dudará usted?

MARG. Oh! no, no!... perdon! yo estaba loca! ¡Corramos al puerto! volemos á impedir!...

BERN. Sí, sí, corramos! (*Van á salir precipitadamente; suena un cañonazo; ambos quedan como petrificados.*)

MARG. Ah!! (*Dando un grito y cayendo sobre una silla.*)

BERN. Es demasiado tarde! (*Cayendo de rodillas junto á la ventana.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Gabinete cerrado con puerta al fondo, otra á la derecha en primer término, y una ventana en el segundo. Cuadros representando marinas y batallas. Dos panoplias, con armas de todas clases. A los dos lados de la puerta del fondo, y en los costados y en el fondo retratos de cuerpo entero de Colon, Pizarro, Juan Bart, Dogay-Troin, Francklin, etc., etc. —Muebles sencillos: una mesa y un sillon en primer término izquierda: sobre la mesa una caja abierta, con pistolas, y un quinqué encendido.

ESCENA PRIMERA.

BERNARDO, sentado en el sillon, fuma una pipa y se entretiene en limpiar una espada, tarareando una cancion.

Bern. Marinero, el viento arrecia,
Pon al pairo el bergantin,
Riza velas porque avanza
La tormenta contra tí.

(*Hablado*) Al diablo con la cancion! ¡Siempre en mis labios el antiguo estribillo, como si estuviéramos á bordo!... Sin embargo, tiene tan gratos recuerdos para mí!... Y pensar que mientras el capitan respira allá abajo la brisa del Océano, yo permanezco aquí enjaulado como un mono!... Mil bombas! En fin, segun su última carta, no debe tardar mucho. Hace un mes se hallaba en Madagascar, y y si el viento le ha favorecido, á la hora presente

ha debido franquear el estrecho de Bart... (*Despues de unos momentos de silencio.*) Quisiera yo saber por qué hace un momento y maquinalmente he cogido yo esta espada y me entretengo en afilar su punta. En otro tiempo, cuando yo navegaba, era siempre mi ocupacion favorita la víspera de un combate; pero aquí, desgraciadamente, no me puedo proporcionar esta especie de distracciones: (*reconociendo las pistolas y volviéndolas á colocar en la caja*) todos estos objetos no tienen hoy dia aplicacion; me encuentro como si dijéramos en *calma chicha*, lo cual es capaz de dar calentura al hombre más flemático y más... Seis meses! mil cañonazos! A mí se me han figurado diez siglos!... (*Dirigiéndose á la ventana.*) ¿Qué hará hoy la señora?... En todo el dia la he visto pasear por el jardin. Es claro, habrá ido á las carreras á lucir su nuevo carruaje, á llamar la atencion y á ser objeto de las miradas de todos esos imbéciles que la dirigen sus lentes y que con pérfidas frases la trastornan el juicio. Hace tres dias que no me ve, y maldito si se ha ocupado de mi persona... Hace bien; puesto que mis reflexiones no han servido de nada, vale más que me deje tranquilo... Cuando vuelva su esposo y me pida cuentas, le diré: «Mi capitan, sin embargo de que yo no sirvo para estas cosas, hice cuanto pude para arrancarla de la mala senda; pero convencido de que todo era inútil, arrié pabellon y me crucé de brazos.» Tampoco en mi condicion de criado podia hacer otra cosa. (*Maquinalmente vuelve á coger la espada, que coloca en su sitio en la panoplia.*) Vuelve á tu sitio, mi buena amiga; nosotros no tenemos aquí el derecho de herir; en su consecuencia, permanece pacífica... (*con intencion*) como tu amo. Pero ¡güay si un dia le sucediese alguna desgracia á mi capi-

tan!... porque seria capaz!... (*Llaman á la puerta del fondo.*) Creo que han llamado; ¿quién será el importuno? (*Va á abrir; Olga aparece.*)

ESCENA II.

BERNARDO. — OLGA.

OLGA. Soy yo.

BERN. (*Con enfado.*) Qué mé quieres? No he llamado ni necesito nada.

OLGA. Es el ama la que te llama y necesita hablarte.

BERN. Inventa cualquier disculpa... hoy ya es tarde... mañana la veré...

OLGA. Imposible... la señora está muy agitada, ha llorado mucho, y...

BERN. Lágrimas ella?... efectivamente que es raro... ¿Y cuál es la causa de su afliccion?

OLGA. La ignoro; sólo sé que ha recibido una carta...

BERN. (*Con interés.*) Del capitan?

OLGA. (*Con emocion y marcado sentimiento.*) Oh! no: las de nuestro amo las conozco perfectamente; la que hoy tanto la preocupa tiene en el sobre un escudo de armas.

BERN. Alguna invitacion de baile...

OLGA. No sé; pero despues de haberla leido, sus manos la han estrujado convulsivamente. En fin, dice que necesita verte.

BERN. Y para qué? Me he propuesto hace tiempo dejar de ser el juguete de sus caprichos.

OLGA. Concluyamos: te suplico por última vez que me sigas: es preciso que esta noche mi ama no salga sola.

BERN. Pero por qué ese empeño?...

OLGA. Para preservarla tal vez de un peligro mayor de los que hasta el dia la han amenazado.

BERN. De un peligro? ... habla... (*Con interés.*)

OLGA. Te he oido decir muchas veces que jamás la señora podria amar á nadie, porque el orgullo y la vanidad tenian harto ocupado su corazon...

BERN. Es cierto.

OLGA. Te engañas... la señora tiene una pasion!...

BERN. (*Furioso.*) Ira de Dios!... (*Conteniéndose.*) Pero no... imposible... eso no puede ser... yo admito en ella el defecto del orgullo, de la vanidad, de la coquetería tal vez, pero estoy seguro de que conserva aún el sentimiento del deber y el instinto del honor!...

OLGA. No importa: el recuerdo del capitan va borrándose poco á poco de su corazon. Al principio leia con ávidez el *Diario de la Marina*, que siempre nos trae noticias suyas. Esta mañana lo ha recibido y ni siquiera se ha dignado abrirlo.

BERN. Y de quién sospechas?

OLGA. Cuál es la mujer que la señora odia de una manera irreconciliable?

BERN. La condesa de Campo Verde...

OLGA. Futura esposa de don Federico del Valle.

BERN. Y bien?....

OLGA. Comprende, pues, que no se detesta de ese modo sino á la mujer que nos roba el amor de un hombre.

BERN. Mil bombas!... oh!... calla, calla!... no despiertes mi furor!... pero esa boda proyectada con la condesa...

OLGA. El mas pequeño incidente puede romper el compromiso... Sin embargo áun tengo alguna esperanza, porque don Federico es un cumplido caballero y esclavo siempre de su deber...

BERN. Además, Margarita no es libre!...

OLGA. (*Con tristeza.*) Una desgracia en el mar sucede tan pronto!

BERN. Oh!... si llegase ese extremo, seria capaz de matarlos á ambos!...

OLGA. No, Bernardo, tú no matarás á nadie, porque estoy yo aquí para velar por ella y por tí.

BERN. Lo confieso, me temo á mí mismo!...

OLGA. Acompáñala esta noche, procura evitar el peligro, si efectivamente existe, cumple con tu deber, y yo cumpliré con el mio.

BERN. Está bien; qué debo hacer?

OLGA. En primer lugar oir á la señora... (*Viendo entrar á José.*) Ah!... el señor José... me prometes ir á verla cuando se vaya el joyista?

BERN. Lo prometo...

OLGA. Adios, pues, y no olvides que la señora te espera. (*Váse despues de saludar á José.*)

ESCENA III.

BERNARDO.—JOSÉ.

JOSE. Gracias á Dios que encuentro á usted...

BERN. Buenas noches, señor José... á qué debo el honor?...

JOSE. Dejemos el honor y las ceremonias á un lado y hablemos como buenos amigos. En primer lugar vengo á ver si efectivamente es usted un oso ó un buho; si me encuentro en una madriguera ó en un nido.

BERN. Siempre de broma!... (*Sonriendo.*)

JOSE. No por cierto, que hablo formalmente; y á propósito, sabe usted que este cuarto parece una armería?...

BERN. Es mi única distraccion... conque decia usted?...

JOSE. Que vengo á verle como joyista y como amigo de la casa. Deseo hablar al mayordomo de la señora de Mendoza y al hombre de corazon.

BERN. Ya escucho... (*Enciende una pipa y ofrece otra á José.*) Usted gusta?...

JOSE. Mil gracias... yo no fumo nunca.... mi mujer me lo tiene prohibido.

BERN. Veamos, pues, de qué se trata?...

JOSE. De una cosa muy sencilla y al mismo tiempo algo grave. Usted sabe perfectamente lo mucho que queremos á su señora... Como que la hemos visto nacer; así que, nos duele en el alma que haga ciertas locuras...

BERN. Qué quiere usted decir?...

JOSE. Quiero decir que como todos los dias y en todos los círculos se predice un éxito asombroso al viaje del capitan y hasta sus últimas cartas, llenas de eutusiasmo, han venido á dar la razon á los cálculos y predicciones, su señora de usted se ha permitido hacer gastos exorbitantes, en trenes, joyas, saraos y todo por la maldita manía que la domina de eclipsar á las demás. Pícara vanidad!...

BERN. Creo que la señora es libre y el capitan jamás la ha puesto tasa...

JOSE. Harto lo sé, pero usted es juicioso; usted que les profesa un cariño igual al nuestro debe pensar como yo. Aun cuando el capitan vuelva muy rico, su fortuna alcanzará apenas á solventar los créditos anteriores y esto, francamente, es muy triste y muy doloroso...

BERN. El peligro que usted me anuncia, hace tiempo que tambien á mí me preocupa, pero qué quiere usted que yo haga?... no está en mi mano el remediarlo.

JOSE. Yo, por mí, nada temo... Cuanto tenemos es suyo, pero hay otros acreedores que empiezan á murmurar y esto me incomoda, porque yo quisiera que nadie tuviese que hablar de ella.

BERN. Yo no puedo oponerme á su voluntad; ella es el ama...

JOSE. Sí, pero usted debia aconsejarla y no abandonarla como segun parece lo hace usted de algun tiempo á esta parte.

BERN. He llegado á convencerme, señor José, que todo es inútil y en su consecuencia dejo á cada cual que obre como mejor le parezca. Pobre capitan!... Desengáñese usted, de todas las desgracias que nos suceden en esta vida, siempre tienen la culpa las mujeres...

JOSE. Eso no reza con la mia, porque jamás me ha dado el mas mínimo disgusto... es un ángel!...

BERN. Será usted una escepcion, porque todas en general se parecen las unas á las otras... (*Margarita y Luisa han aparecido un momento antes y oido las últimas palabras.*)

ESCENA IV.

LOS MISMOS.—MARGARITA.—LUISA.

LUISA. Mil gracias, por mi parte...

MARG. Qué habremos hecho al señor Bernardo para merecerle una opinion tan poco lisongera?...

BERN. (*Como avergonzado.*) Ah!... señora... dispénsenme ustedes, no habia visto!... (*Tira la pipa.*)

LUISA. Sí, charlando con el papanatas de mi marido y olvidando que la señora le ha hecho llamar dos veces...

BERN. Precisamente iba en este momento...

LUISA. Disculpas, nada más que disculpas... hum!... á mí no me han merecido nunca buen concepto los hombres que permanecen solteros toda la vida!...

JOSE. Por eso has formado tanto empeño en que se verifique la boda de don Federico con la condesa!...

LUISA. Si señor, y mañana me darán las gracias... Con que mi querida amiga, hasta luego... ya te he dicho que la condesa, nuestra protectora, ha tenido la amabilidad de invitarnos... y quiero ser de las primeritas... es una honra para nosotros y...

JOSE. (*Sacando los guantes.*) Cuando pienso que tengo que ponerme guantes, se me crispan los nervios...

MARG. (*Indicándoles la puerta derecha.*) Por aquí llegarán ustedes mas pronto... esta puerta conduce á la del jardin y en frente hallarán la de la casa de la condesa. Yo voy á decir dos palabras á Bernardo y me reuniré con ustedes dentro de un cuarto de hora...

LUISA. Hasta luego.

MARG. Hasta luego.

JOSE. (*Marchando y metiéndose los guantes.*) Quién seria el majadero que inventó los guantes?... (*Vánse.*)

ESCENA V.

MARGARITA.—BERNARDO.

MARG. Ya lo ha oido usted, necesito hablarle.

BERN. Escucho á usted, señora.

MARG. Esta noche debo asistir á esa reunion que acaba usted de oir... es en casa de una enemiga y es preciso que usted me acompañe, por lo que pueda ocurrir.

BERN. Confesaré á usted, señora, que á pesar de la honra que se me dispensa, admitiéndome en todas partes á título de amigo, mas bien que humilde servidor de mi capitan, como quiera que mis maneras bruscas, mi traje extravagante y mi lenguaje franco, sólo sirve para que esos señores del gran mundo se mofen de mí, no me encuentro muy á mi gusto entre esa gente, pero si mi presencia es á usted tan necesaria...

MARG. Absolutamente...

BERN. Pero por qué ese empeño en ir á un sitio en que tal vez y segun usted dice, puede correr un peligro?

MARG. (*Dándole un papel.*) Esta invitacion, este cartel de desafío no puede quedar sin respuesta... lea usted...

BERN. (*Leyendo.*) «La señora condesa de Campo Verde, »suplica, encarecidamente, á la señora de Men»doza, se sirva asistir esta noche á la firma de su »contrato de boda con el señor don Federico del »Valle. La condesa espera, que á título de anti»gua amiga del futuro, la señora de Mendoza de»mostrará públicamente, con su asistencia, la sa»tisfaccion que debe causarle semejante enlace.» (*Hablado.*) Señora, no entiendo porque se cree usted obligada á aceptar una invitacion tan inconveniente...

MARG. Señor Bernardo, usted sin duda ignora que hace tiempo soy objeto de las calumnias más infames.

BERN. Si su conciencia se halla tranquila, desprécielas usted.

MARG. Imposible!... Desde la primera vez que nos conocimos, se despertó entre esa mujer y yo un odio que el tiempo no ha podido borrar. Oh! esa mujer, además, es indigna por muchos conceptos de la mano de don Federico...

BERN. (*Con intencion.*) Indigna?... y cómo sabe usted?...

MARG. La condesa ha disipado en poco tiempo toda la fortuna de su primer marido.

BERN. (*Con intencion.*) Si ese es su solo pecado... cuántas hay, señora, que se le parecen!...

MARG. Ignoro cómo ha podido averiguar las inocentes relaciones que en otro tiempo existieron entre don Federico y yo; pero es lo cierto que explotando á su antojo aquella circunstancia, ha hecho circular los rumores mas absurdos. Comprende usted ahora por qué quiero y debo asistir á esa reunion? Mi ausencia prestaria nuevas armas á la calumnia y es preciso que caiga á mis plantas esta noche, para que en lo sucesivo no se abuse de mi nombre de una manera tan grosera.

BERN. (*Observándola y con ironía.*) Y está usted segura de representar bien su papel?...

MARG. (*Con energía.*) Oh! Sí!...

BERN. Entonces por qué esa agitacion?... por qué la ironía se retrata en todas sus facciones? por qué, en fin, los labios de usted sonrien convulsivamente?... Si tiene usted la seguridad de su conciencia, desprecie á los que la ultrajen. La mision de usted es únicamente velar por el honor del capitan...

MARG. Mi resolucion es irrevocable... Usted me acompañará y si se me insulta, creo que obrará usted como su capitan lo haria si se hallase aquí...

BERN. (*Aparte.*) Oh! si se hallase él aquí!...

ESCENA VI.

Los mismos.—OLGA, que entra precipitadamente.

OLGA. Ah!... Señora, al fin encuentro á usted... Don Federico acaba de entregarme con urgencia esta carta y este periódico para usted.

MARG. (*Con alegría va á coger el periódico y la carta.*) Ah!...

BERN. (*Apoderándose de la carta.*) Y aún se atreve el infame!...

MARG. Bernardo!... (*Sorprendida.*)

BERN. Basta de disimulo, señora; usted no leerá esta carta, porque yo no puedo permitirlo, porque estoy yo aquí para velar por el honor de mi capitan, y aunque me costase la vida, yo castigaré á ese miserable!... (*Rompe la carta en cuatro pedazos y los arroja al suelo.*)

MARG. (*Indignada.*) Qué quiere decir esto?... ha olvidado usted señor Bernardo...

BERN. No señora, yo no he olvidado nada... y por eso cumplo con mi deber... pero este periódico debe traer alguna noticia importante que nos interese á todos... lea usted, señora, lea usted y sino yo mismo...

MARG. (*Que maquinalmente ha abierto el periódico da un grito y cae sobre una silla cubriéndose la cara con las manos.*) Ah!...

BERN. (*Corriendo á recoger el periódico que habrá caido al suelo.*) Ese grito! esa palidez!... veamos (*leyendo*): «Se ha recibido la noticia oficial del naufragio del *Pluton* con todo su cargo...» Ira de Dios!... Muerto!... muerto!... y yo no estaba allí para morir con él!... (*Llorando.*)

OLGA. (*En segundo término cayendo de rodillas y enjugando sus lágrimas.*) Pobre amo mio!..

MARG. (*Sentada aún y con doloroso abatimiento.*) Arruinada!... Dios mio, que va á ser ahora de mí!...

BERN. (*Levantando la cabeza y en el colmo del asombro.*) Arruinada!... (*Con amargura.*) Oh! esa palabra señora, y en semejante momento retrata perfectamente la aridez de su alma! Cuando partió de aquí su esposo de usted no la mereció ni siquiera una lágrima y cuando hoy perece por su causa, sí, señora, únicamente por su causa, tiene usted aún el valor, el descaro, el horrible cinismo de olvidar al hombre que se sacrifica en aras de su capricho para recordar únicamente la pérdida de su fortuna!... Oh! esto es horrible! (*Exaltándose por grados.*) Esto ya es demasiado!...

MARG. No me condene usted!... es que yo no puedo llorar, ni explicarme lo que ahora experimento.

BERN. (*Con rabia reconcentrada y animándose progresivamente.*) Yo sí, porque aprendí á conocer á usted mejor que el capitán, mejor que todos aquellos que la rodean. En estos momentos lo que á usted la lisonjea es la esperanza de que, libre al fin, podrá usted romper ese enlace que tanto la preocupa y humillar á su orgullosa rival... Oh! pero esto no sucederá así... lo juro!...

MARG. (*Asustada.*) Bernardo no comprendo á usted ni sé que es lo qué quiere decirme; pero su mirada me llena de espanto y voy... (*Va á marcharse, Bernardo se interpone.*)

BERN. De aquí no saldrá usted, señora!... estoy decidido á todo por desbaratar sus planes...

MARG. (*Con espanto.*) Oh! juro á usted que yo no he formado ninguno... tenga usted piedad de una pobre mujer!...

BERN. Y la tuvo usted nunca, señora, de las personas que tanto la amaron?... (*Con terrible sarcasmo.*)

MARG. Pero qué intenta usted?... el fuego de sus ojos hiela mi sangre... (*Cada vez mas asustada.*) Bernardo! Bernardo! respete usted en mí la memoria de su capitan.

BERN. Oh! Precisamente porque respeto su memoria es por lo que no quiero que se la ultraje. Mi capipitan no existe, porque la ambicion de usted lo ha asesinado, y yo escucho en este momento su voz terrible que desde el cielo me grita. «Bernardo! «mi fiel y único amigo, impide á toda costa que »Margarita pertenezca á ese hombre, al que nunca »ha dejado de amar!... Mueran ambos á tus manos »antes que permitir se me ultraje de una manera »tan villana...» Ahora bien, señora, la muerte de mi capitan reclama venganza, y yo prometo dársela cumplida. (*Descolgando la espada de la panoplia.*)

MARG. (*Suplicante.*) Oh! piedad! piedad! juro á usted que soy inocente!... que no he faltado jamás á mis deberes... que nada tengo que reprocharme!..

BERN. Júreme usted, entonces, que no ha amado ni amará jamás á ese hombre, que no volverá á verle... que no intentará poner ningun obstáculo á su enlace con la condesa...

MARG. (*Luchando consigo misma.*) Imposible! yo no puedo prometer lo que no está en mi mano cumplir!...

BERN. (*Frenético lanzándose sobre Margarita para herirla.*) Entonces, señora, cúmplase vuestro destino!...

MARG. (*Dando un grito terrible.*) Ah!...

OLGA. (*Interponiéndose y apuntando á Bernardo con una pistola.*) Si das un paso más eres muerto sin remision.

BERN. (*Retrocediendo.*) Olga!... (*Durante la escena precedente y cuando Bernardo ha descolgado la espada, Olga, ha cogido, sin que Bernardo ni Margarita se aperciban, una de las pistolas que se hallan sobre la mesa y está preparada, en segundo término, hasta el momento oportuno de interponerse.*)

OLGA. (*Indicando á su señora la puerta del jardin, á la derecha.*) Por aquí, señora!...

MARG. (*Lanzándose por la puerta y dominada por un terror que deberá ser muy marcado.*) Ah! gracias!... gracias!...

OLGA. (*A Bernardo.*) Habias olvidado que yo tambien me hallaba aquí para velar por ella. El hombre que levanta la mano sobre una mujer, por criminal que sea, es un cobarde y un miserable!...

BERN. (*Retrocediendo y tirando la espada como avergonzado.*) Ah!...

OLGA. Deja que su destino se cumpla y da lugar á que el arrepentimiento se despierte en su corazon, si es que Dios se lo concede un dia!...

BERN. Miserable!... Soy un miserable!... (*Bernardo cae en el sillon cubriéndose la cara con las manos. Olga con el brazo extendido y en una posicion digna é imponente.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Salon preparado para un baile : tres grandes puertas al foro que dan á un jardin de invierno, iluminado á la veneciana. Muebles ricos y elegantes. Profusion de espejos, candelabros y luces. A la derecha una puerta pequeña que se supone comunicar con un corredor.

ESCENA PRIMERA.

LA CONDESA DE CAMPO-VERDE.—DON AGAPITO.—Un criado atraviesa la escena con una bandeja de sorbetes. La condesa inquieta mirando por la segunda puerta del fondo.

CONDES. Y aun no vienen!

AGAP. (*Que llega al mismo momento por la izquierda, coge un sorbete de los que le presenta el criado.*) Uf!... Se ahoga uno en ese jardin!... Cualquiera diria que nos hallábamos en los trópicos. (*Dirigiéndose á un criado.*) A ver... á ver... dame un sorbete... (*El criado le presenta la bandeja y él coge uno que empieza á tomar.*)

CONDES. (*Dirigiéndose á la puerta de la derecha.*) Tal vez se dirija por aquí... Este corredor va á dar á una de las calles mas solitarias del jardin, y precisamente comunica con la puerta de entrada.

AGAP. (*Continúa tomando el sorbete.*) Qué haces aquí, hermosa prima?... Abandonas el salon precisa-

mente cuando todo son elogios!... Qué riqueza! Qué buen gusto!... Qué esplendidez!...

CONDES. (*Como contrariada.*) Sí, sí, magnífico!... pero, querido primo... desearia estar sola...

AGAP. (*Con rabia cómica, pero sin dejar el sorbete.*) Corriente; sí señor, me iré... me iré... lo comprendo: necesitas reflexionar algunos momentos en esta sala donde debe firmarse tu contrato de boda. Tu contrato!... Es decir, mi ruina, mi muerte, mi desesperacion!...

CONDES. (*Aparte.*) Oh!... Qué necio!...

AGAP. Tu boda!... solo en pensarlo me hierve la sangre!... (*Concluye de tomarse el sorbete menudeando las cucharadas*) Por eso procuro refrescarla.

CONDES. (*Volviéndose repentinamente.*) Le has visto?

AGAP. A quién?

CONDES. A quién ha de ser? á don Federico...

AGAP. No, querida prima; y por cierto que todo el mundo ha notado ya su ausencia. Vaya un novio puntual!... Ah!... si en vez de mostrarte tan severa conmigo te hubieses dignado admitir mi candidatura...

CONDES. No eres mas que un imbécil!...

AGAP. Todo el mudo lo dice; qué pareja tan buena hubiéramos hecho!... pero te empeñaste en dar la preferencia á esa especie de original que parece una estátua de granito... un corazon que no ama, que no amará jamás, y que se lanza á formar parte del estado honesto, ni mas ni menos que el desesperado que se cuelga de una viga.

CONDES. Pero y ella no ha venido aún?

AGAP. Y quién es ella?

CONDES. Quién ha de ser? Margarita, la señora de Mendoza, su antigua amante!...

AGAP. Ah!... Vamos... ahora comprendo... Algun proyecto de escándalo!... Es decir que la has invitado?..

Diablo! Pues tiene gracia!... Jamás se me hubiera á mí ocurrido... Pero y si tus sospechas se cambian en certidumbre, qué sucederá aquí?

CONDES. Presenciarán ustedes una escena muy divertida, porque estoy decidida á humillarla delante de todo el mundo...

AGAP. (*Con alegría.*) Y entonces, adios boda!

CONDES. Tú me vengarás... mi mano es tuya...

AGAP. Bella prima, permíteme una observacion. Yo no creo, ni nadie tampoco, que este enlace sea resultado del amor. Es público que la fortuna de tu primer marido ha experimentado reveses de tal naturaleza, que apenas te restan tres mil duros de renta; ahora bien, como la del señor del Valle asciende á quince mil: es un buen negocio!

CONDES. Todo el mundo se engaña. Comprendes tú que sea el amor al oro el que me hace estar aquí impaciente, para escuchar el ruido de sus pasos? Puede ser el amor al oro el que me hace odiar á mi rival hasta el punto de no poder á su vista contener mi furor? Es preciso, pues, que este duelo tácito se termine aquí, esta misma noche, inmediatamente!...

AGAP. Prima, ya sabes que puedes contar conmigo, porque á pesar de todos los pesares y de tus multiplicados desdenes, yo siempre seré tu esclavo, tu mas humilde siervo.

CONDES. (*Sonriendo.*) Contigo, al menos, no me acusarian de hacer una boda de especulacion. En poco tiempo has disipado tres herencias...

AGAP. Es verdad, y yo mismo no puedo explicarme cómo ha sucedido esto... pero si llegara á realizarse mi sueño, prometo ser un modelo de...

CONDES. (*Aparte.*) De necios!... (*Impaciente.*) Nada todavía!... y Jacinto que no vuelve tampoco...

AGAP. (*Aparte.*) Pues señor, á toda costa es preciso el

escándalo!... Si á mí se me ocurriera alguna idea!.. Ah!... ya tengo una... Me voy al bufet... Un poco de pavo trufado, una jaletina y una copita de vino de Champagne, y las ideas brotarán por sí solas. Querida prima, hasta luego... vuelvo en seguida. (*Vase por el fondo izquierda, al propio tiempo que entra por la derecha Luisa y José. Traje de baile algo exagerado, pero no ridículo. La condesa permanece sentada en el sofá algo pensativa*)

ESCENA II.

LA CONDESA.—LUISA.—JOSÉ.

JOSE. (*Entrando por el fondo.*) Por aquí, mujer, por aquí... En este sitio, al menos, no tendremos tanto calor... (*Mirándolo todo con interés cómico.*) Qué magnífico es todo esto!

LUISA. Sí, precioso; pero yo ya estoy mareada. Estas luces y este ruido me trastornan la cabeza.

JOSE. La falta de costumbre!... Por mi parte te confieso que las manos y los brazos me incomodan extraordinariamente; maldito si sé donde colocarlos: hubiera dado con gusto un par de duros por haberlos podido dejar en el guarda-ropa con los abrigos...

LUISA. Qué ocurrencias tienes!... pero calla... aquí tenemos á la señora condesa...

CONDES. (*Volviendo de su meditacion.*) Ah!... Luisa, José, doy á ustedes mil gracias por haberse rendido á mis súplicas.

LUISA. Cómo habiamos de faltar á una ceremonia que debe asegurar la felicidad de nuestros dos bienhechores!

JOSE. Y cuando ha tenido usted la bondad de convidarnos, aunque nuestra clase...

CONDES. Oh!... Quiere usted callar?... Usted es un hombre honrado, señor José, y debe ser bien admitido en todas partes.

JOSE. Mil gracias, señora condesa.

CONDES. (*Con intencion.*) En los salones han debido ustedes encontrar muchos de sus amigos...

LUISA. Amigos, no; conocidos, bastantes...

JOSE. La mayor parte parroquianos. He visto mas de una joya y mas de un aderezo que ha salido de mis talleres...

CONDES. En efecto, usted tiene el privilegio de embellecer á todo el mundo.

JOSE. Pues lo que es algunos bustos son de una fealdad que asusta.

LUISA. (*Con enfado.*) José!... José!...

JOSE. (*Sonriendo.*) Déjame, mujer; la señora condesa me dispensará una broma. Estamas de boda, y en una fiesta de esta especie, debe uno mostrarse alegre... verdad es que esta noche aún no he visto una sonrisa, cosa que me ha extrañado mucho.

LUISA. Es de mal tono y la etiqueta lo prohibe...

JOSE. Ya!... La etiqueta!... Bien dicen entonces, que esa señora es hija del fastidio: yo por mi parte confieso y juro...

LUISA. Basta...

JOSE. Callo, pues...

CONDES. Creen ustedes que su antigua amiga, la señora de Mendoza, me honrará esta noche con su presencia?

JOSE. Seguramente... Hace una media hora que mi mujer y yo hemos asistido á su tocador y se preparaba á venir.

LUISA. No tardaremos en verla aparecer...

JOSE. Tan bella, tan alegre, tan risueña como siempre... por supuesto con etiqueta... (*Agapito entrando que ha oido las últimas palabras.*)

AGAP. Mucho lo dudo... hay ciertas rivalidades...

JOSE. (*Con intencion é incomodado.*) Ah! sí... lo comprendo... Hay aquí gentes que se divierten en sembrar la calumnia... Vagos de profesion, que como no tienen de qué ocuparse...

ESCENA III.

LOS MISMOS.—AGAPITO.

LUISA. Nosotros, por el contrario, seriamos tan felices en ver que se apreciaban lealmente las personas que amamos!...

CONDES. Siento mucho herir la amistosa susceptibilidad de ustedes, ¿pero es calumniar á la señora de Mendoza recordar antiguas relaciones que existieron en otro tiempo entre ella y don Federico del Valle?

LUISA. Oh! señora, como testigos presenciales que hemos sido, podemos asegurar á usted que aquellas fueron únicamente unas relaciones de niños, sin raíces y sin consecuencia.

JOSE. Y si otra cosa se permiten decir, mienten. Margarita tiene defectos de carácter, no lo negaré, ¿quién está libre en el mundo? pero conserva y conservará siempre el sentimiento de su deber.

CONDES. Pronto sabremos quién es el que se engaña. (*La condesa se dirige nuevamente á la puerta á observar.*)

LUISA. (*Aparte á José.*) José, aquí pasa algo...

JOSE. Lo mismo creo, y sospecho que se tiende un lazo á nuestra pobre Margarita. No sé porqué, pero este títere tan ridículo y tan almivarado, me carga soberanamente...

LUISA. Prudencia y observemos...

JOSE. No le perderé de vista y como le coja en un re-renuncio... (*Con aire de amenaza.*)

AGAP. Y yo que aún no he podido encontrar una idea, á pesar de haberme comido medio pastel de Foi-gras y haber vaciado media botella de Jerez!... Tal vez si cambiase de vino... (*Jacinto entrando.*)

ESCENA IV.

LOS MISMOS.—JACINTO.

CONDES. (*Viéndole entrar y corriendo á su encuentro.*) Ah!... gracias, á Dios!...

AGAP. (*Aparte y volviéndose.*) Eh?... qué es eso?

CONDES. (*Bajo á Jacinto.*) Y bien?...

JACINTO. (*Bajo á la condesa.*) Don Federico no estaba ya en su casa, pero al volverme, le he visto entrar en la de la señora de Mendoza.

CONDES. (*Con duda y rabia.*) En su casa?... Oh!... no, eso no es posible!...

JACINTO. Puedo asegurar á la señora que su carruaje se halla aún á la puerta y si gusta asegurarse por sí misma...

CONDES. Oh!... ahora comprendo su tardanza!...

AGAP. (*Acercándose con el lente en el ojo.*) Qué es eso, primita?... Podemos nosotros saber...

CONDES. (*Sin hacerle caso.*) Dispénsenme ustedes... tengo que dar algunas órdenes... vuelvo en seguida. (*Vase precipitadamente por el fondo.*)

AGAP. (*Aparte.*) Aquí ocurre algo... yo soy muy pillo y á mí no me engañan!... Ah! ya tengo una idea!... Jacinto... (*Llamando al criado que iba á marchar y que se detiene.*)

JACINTO. Señor!...

AGAP. Qué noticias has traido á tu señora?

JACINTO. Puede usted preguntárselo á ella misma, por mi parte no me creo autorizado para . (*Con respeto.*)

AGAP. Pues me he lucido!

JACINTO. (*Retirándose.*) Pido á usted mil perdones, pero...

AGAP. Pero!... Para!... Vete al diablo con tu discrecion... (*Vase el criado.*)

ESCENA V.

LOS MISMOS.—Un OFICIAL DE MARINA.—Señoras, convidados de ambos sexos que entran en la escena y se colocan en diferentes sitios, ya paseando, ya en grupos, ya sentados, etc. Los criados sirven dulces y refrescos.

OFICIAL. Adios, mi querido amigo!... (*Dando la mano á Agapito.*)

AGAP. Adios, almirante en perspectiva...

OFICIAL. (*Saludando á Luisa y á José.*) Tambien usted por aquí, señor José!... mucho celebro...

JOSE. (*Secamente.*) Mil gracias!...

OFICIAL. Lo que me sorprende es encontrar á ustedes tan temprano en este sitio; precisamente cuando la Frezolini canta, ó mejor dicho encanta esta noche en el Teatro principal con su obra maestra.

AGAP. Por mi parte he debido sacrificarla á mi prima.

JOSE. Por la mia, como no entiendo el italiano, no acostumbro...

OFICIAL. (*A José.*) Sin embargo, que es usted filarmónico no me lo puede negar; porque yo vivo en su vecindad y oigo todos los dias cómo acompaña, con alegres canciones, el desagradable ruido de los martillos.

JOSE. Es la costumbre... cuando se trabaja bien...

AGAP. Si, sí, eso se concibe, cuando uno es pobre: com-

prendo que usted cantase cuando llevaba una blusa en vez de frac y callos en las manos en vez de guantes. (*Movimiento de cólera y de impaciencia en José; Luisa le contiene, José se quita los guantes y los rasga.*) Pero en el dia es un contrasentido...

JOSE. Caballero, es que yo no he desterrado la blusa y los callos, consecuencia de mi trabajo; aún permanecen en mis manos y los muestro con orgullo á todo el mundo.

OFICIAL. No se ofenda usted, señor José, pero la prueba la tiene usted en la mayor parte de nuestros capitalistas, que nunca rien.

JOSE. Eso es efecto de que la mayor parte de los capitalistas, á quienes aluden ustedes, no han ganado su fortuna, como yo, con el sudor de su frente, lo cual naturalmente les produce tristeza. Es que á cada momento temen perder su tesoro y no poseen, como yo, el martillo cuyo ruido tanto os desagrada, y que sin embargo hace la mina inagotable... Es que á esas gentes, un negocio desgraciado, un ladron, puede robarles un dia todas sus riquezas y hundirlos otra vez en el lodo de que salieron, para no volverse á levantar jamás, al paso que yo conservo siempre mi capital en mi cabeza y en mi corazon. Soy como el Fénix que renace de sus cenizas...

AGAP. Sí, sí, todo eso es muy bello... y verdaderamente nadie puede disputarle su mérito y su habilidad. Posee usted el más hermoso establecimiento de joyería que existe en Barcelona y las más hermosas damas de la ciudad son otros tantos escaparates ambulantes en que luce usted sus producciones, compradas algunas al contado, pero en su mayor parte vendidas á crédito... Le aconsejo á usted que se

vaya con cuidado en la eleccion de personas .. (*Con intencion.*)

JOSE. No comprendo lo que usted quiere decir...

OFICIAL. Pues es muy sencillo; mi amigo alude á cierta dama á quien usted distingue con su confianza y que nosotros llamamos el grajo de la fábula...

JOSE. Pido á ustedes mil perdones, pero no entiendo de fábulas, ni de logogrifos...

OFICIAL. Hombre, por Dios! Quién no conoce en Barcelona á cierta ex-costurerilla, que despues de haberse elevado á una categoría que no la corresponde, intenta, en sus sueños de orgullo y de vanidad, eclipsar á todas las señoras con un lujo tan extraño como insolente!...

JOSE. (*Pudiendo apenas contenerse.*) Caballero, yo estoy poco acostumbrado á los usos del gran mundo, pero mi conciencia me dice que no es digno ni generoso ofender á una persona ausente y que no puede defenderse.

LUISA. (*Aparte á José.*) José, vámonos de aquí... yo no me divierto...

JOSE. Ni yo tampoco, pero antes de marcharnos me parece que voy á saltar un ojo á alguno de estos mequetrefes...

LUISA. Por Dios, prudencia!... Creo que deberiamos avisar á Margarita para que no viniese... aquí se trama alguna conspiracion...

JOSE. Me parece bien... vamos...

LUISA. Ya no es tiempo... la condesa. (*Van á marchar, la condèsa aparece.*)

ESCENA V.

LOS MISMOS.—LA CONDESA.

AGAP. Qué tenemos de nuevo, hermosa prima?

CONDES. El señor del Valle acaba de llegar y se dirige á esta sala...

AGAP. Te doy mi enhorabuena. (*Irónicamente.*)

CONDES. (*A Luisa y José.*) Tambien vuestra amiga, la señora de Mendoza, debe haber llegado, porque entre la multitud he distinguido el caprichoso traje de su mayordomo...

AGAP. Magnífico! si el satélite se ha presentado, no debe hallarse muy léjos el planeta.

ESCENA VI.

LOS MISMOS.—DON FEDERICO.

FEDER. (*Entrando.*) Está usted en un error; la señora de Mendoza no podrá favorecernos, porque un grave y legítimo motivo se lo impide.

CONDES. Y no podemos saber cuál es?...

FEDER. *El Pluton* ha naufragado en el estrecho de Bart y el capitan ha perecido!...

CONDES. (*Asustada.*) Viuda!...

JOSE. Pobre capitan!...

OFICIAL. Vaya un naufragio importuno!...

AGAP. Ya no tendremos escándalo!...

FEDER. Hace un momento que alegre y dichosa se preparaba á asistir á la ceremonia de nuestra union, cuando esta noticia ha venido á trocar su diadema

de flores en velo de luto y de dolor... (*Música dentro.*)

CONDES. (*A Agapito.*) Primo, ten la bondad de acompañar á todos estos señores al salon, donde creo que ha empezado el concierto... dentro de brevés instantes me reuniré con ustedes.

LUISA. (*A José.*) Vamos nosotros á consolar á la pobre Margarita!...

JOSE. Vamos... (*Vánse todos por el fondo.*)

ESCENA VII.

LA CONDESA.—DON FEDERICO.

FEDER. Aquí tiene usted todos los papeles necesarios para la redaccion del contrato (*dándola unos papeles*) y ahora si estima usted en algo el consejo de un hombre de bien, abandone ese aspecto sombrío y felicítese de que la mala accion que meditaba no haya tenido lugar.

CONDES. Qué dice usted?...

FEDER. (*Friamente.*) Que la casualidad me ha hecho descubrir la inconveniente invitacion que ha dirigido usted á la señora de Mendoza y con mi natural franqueza confesaré á usted que, si una desgracia no hubiera venido á destruir sus planes, me habria ofendido gravemente verme puesto en escena de una manera tan ridícula, sin haberme al menos avisado con anticipacion para aprender el papel que debia representar en la farsa.

CONDES. El interés de mi porvenir exigia...

FEDER. Condesa, no hablemos del asunto, lo mejor es olvidarlo... (*Con frialdad.*)

CONDES. (*Con explosion.*) Señor del Valle, esa mujer es hoy libre... usted sale de su casa en este momento... y esto quiere decir bastante...

FEDER. (*Con gravedad.*) Señora, muchos sentimientos han muerto en mí hace tiempo, muchas sensaciones se han extinguido, pero la dignidad y el honor permanecen intactos!...

CONDES. Sin embargo, usted no me negará que hace un momento se hallaba en su casa...

FEDER. Es cierto; para impedir que viniese aquí en busca de un placer envenenado... para dejarla escritas dos líneas, anunciándola la cruel noticia que ha debido sumirla en la afliccion!... Si mis sentimientos hubieran sido los que usted con su carácter celoso me atribuye, habria podido añadir: «Margarita, hoy somos libres; olvidemos el pasado para no pensar más que en el porvenir!» Por el contrario, vengo aquí, y la digo, presentándola este contrato: «Señora, es preciso firmar inmediatamente, para desvanecer sus dudas y calmar sus ridículos furores...»

CONDES. (*Con pasion.*) Oh! gracias! gracias! ese franco lenguaje me tranquiliza!...

FEDER. (*Con frialdad.*) No hago más que cumplir con mi deber, como habria cumplido con Margarita si el compromiso más mínimo me hubiera ligado á ella.

CONDES. Me ama usted verdaderamente, no es cierto?

FEDER. Qué entiende usted por amor? Si da usted este nombre á las estúpidas sandeces de su primo, ó á esos furores que la ponen á cada paso en evidencia, confesaré á usted ingenuamente que no la amo; pero si acepta usted como amor la estimacion de un cumplido caballero y la formal promesa de tener siempre para con aquella á quien dé su nombre cuantas consideraciones y deferencias puede

apetecer una señora, puede usted decir con orgullo que verdaderamente es amada.

CONDES. (*Con tristeza.*) Sin embargo, no era ese mi sueño!

FEDER. Al pensar en nuestro proyecto de union, nacido de las circunstancias, ¿oculté á usted mi carácter ó alimenté ninguna ilusion que despues haya visto usted desvanecida? Creo que no: ofrecí á usted mi nombre, mi fortuna, mi estimacion en cambio de su amistad. Creo que me contestó usted afirmativamente.

CONDES. (*Con rabia.*) Mi amistad! Ah! las decepciones de esa mujer han cambiado su carácter de usted y han secado su corazon!... por eso la odio con toda mi alma!...

FEDER. Pues hace usted mal, señora.

CONDES. Y si se hubiera atrevido á venir aquí esta noche, qué habria usted hecho?

FEDER. Si Margarita obraba imprudentemente, la habria dejado abandonada en la difícil situacion que se habia creado ella misma; pero si á pesar suyo hubiera caido en el pérfido lazo que se la tendia, si la hubiera usted puesto en ridículo, abrigando yo el sentimiento de su honradez y de su inocencia, entonces...

CONDES. Y bien?...

FEDER. Yo me hubiera encargado de reparar, pero de una manera solemne, el yerro cometido por usted... (*Con dulzura.*) Vamos, condesa, lo mejor es olvidar: todos tenemos en el mundo necesidad de perdon. Margarita es muy natural que mañana abandone á Barcelona, donde perdida ya su posicion y su fortuna, no debe permanecer. Yo quisiera merecer de usted, que ántes de su partida la tendiese la mano en muestra de reconciliacion. ¡La pobre señora debe ser en estos momentos bien desgraciada!

Vamos, condesa, un buen esfuerzo, y yo prometo á usted...

CONDES. Amarme como yo deseo?...

FEDER. Tal vez.

CONDES. Entonces, lo prometo. (*Ruido y movimiento en el fondo.*) Pero ¿qué ruido es este?

ESCENA VIII.

LOS MISMOS.—DON AGAPITO.—Despues JOSÉ.

AGAP. (*Entrando.*) Señor del Valle, el que estaba en un error era usted. ¡Albricias, prima! ¡Ya tenemos en campaña á tu orgullosa rival!

CONDES. (*Sorprendida.*) Ella!...

FEDER. Imposible!...

AGAP. Cómo imposible!... Cuando digo que yo mismo la he visto corriendo por los salones...

CONDES. Venir en semejantes circunstancias!... Parece increible!...

AGAP. Es mucha audacia, no es cierto?...

FEDER. Este caballero se habrá engañado... Muchas veces creemos ver aquello que deseamos, y...

JOSE. (*Entrando.*) Por desgracia es demasiado cierto. (*A don Federico.*) Yo vengo corriendo á buscar á usted, porque presumo que Margarita ha perdido la razon.. (*Movimiento de la condesa para marcharse.*)

FEDER. (*A la condesa.*) Adónde va usted, señora?

CONDES. (*Irónicamente.*) A recibir como corresponde á mi bella amiga!...

FEDER. No olvide usted la promesa que acaba de hacerme...

CONDES. (*Aparte y marchando.*) La tengo en mi poder y olvidaria mi venganza!... Oh! no, jamás... (*Vase.*)

AGAP. Te acompaño, prima.., Esto marcha!... Va to-

mando colorido y el escándalo es inevitable... Como dijo el otro: «A rio revuelto...» (*Vase.*)

ESCENA IX.

FEDERICO.—JOSE.—Despues LUISA.

FEDER. Pero está usted seguro de no haberse equivocado?

JOSE. Oh!... no por cierto... Cuando se ha presentado en la sala, un rumor extraño se ha dejado sentir por todas partes; y en tanto que mi mujer se ha dirigido á su encuentro, yo vengo en busca de usted para prevenirle, para que nos pongamos de acuerdo, porque sospecho que aquí se conspira contra ella...

FEDER. Sí, sí, venga usted conmigo, á ver si podemos evitar...

LUISA. (*Entrando.*) Oh! qué desgracia, señor don Federico!... Margarita me sigue, pero se halla en un estado que yo no puedo explicarme!... no comprende nada de lo que se la dice; corre de un lado á otro; no sabe dónde se encuentra... Dios mio!... Dios mio!... Si se habrá vuelto loca!...

JOSE. Y toda esa gente que vendrá aquí dentro de un momento!...

FEDER. Corramos á evitar...: (*Se dirigen los tres á la puerta del foro; Margarita aparece con el tocado en desórden y como si huyera de alguien.*)

MARG. (*Entrando.*) Ah!... Salvadme, salvadme!...

ESCENA X.

Los mismos.—MARGARITA.

Feder. Señora!...

Jose. Margarita!...

Luisa. Amiga mia!... (*Estas tres palabras casi á un tiempo y corriendo á ella.*)

Marg. (*Como delirando.*) Me persigue!... Quiere matarme!... Soy inocente!...

Luisa. Qué dices, Margarita?...

Feder. Oh!... dejadla, dejadla hablar!... Este terror no procede de la causa que yo temia!...

Jose. (*Que ha ido á mirar á la puerta del fondo.*) Estamos perdidos!... Todo el mundo se dirige á esta sala...

Luisa. (*Señalando la puerta del corredor.*) Huyamos por aquí...

Jose. Pero ese corredor no tiene salida...

Feder. Al fondo hay una puerta, pero desgraciadamente yo no tengo la llave...

Jose. Si no es mas que eso, poco importa; de un puñetazo haré yo saltar la cerradura...

Luisa. (*Que ha ido á mirar al foro.*) Dios sea loado!... Un nuevo amigo viene en nuestro auxilio, Bernardo!...

Marg. (*Asustada.*) Bernardo!... Oh!... Salvadme, salvadme!... por aquí!... (*Se lanza por la puerta del corredor.*)

Feder. Corran ustedes y no la abandonen... yo quedo aquí guardando la puerta. (*Vánse Luisa y José.*) Es extraño!... Por qué el nombre de Bernardo ha despertado nuevamente su terror?... Aquí hay otro

motivo que es preciso descubrir. (*Queda cruzado de brazos delante de la puerta.*)

ESCENA XI.

FEDERICO.—BERNARDO.

Bernardo entra precipitadamente en la escena y con aire sombrío.

BERN. Oh!... Es preciso que yo la encuentre.... que... (*Viendo á don Federico.*) Ah!... El aquí!... Entonces ella no debe estar muy lejos!...

FEDER. (*Con calma.*) Y quién es ella, señor Bernardo?...

BERN. Quién ha de ser?.. Margarita!...

FEDER. Ah!... la señora de Mendoza habrá usted querido decir?... Pues qué, no ha venido usted acompañándola?...

BERN. Esa señora se halla aquí contra mi voluntad.

FEDER. Es decir, que aún no ha leido mi carta?...

BERN. (*Con rabia.*) Su carta de usted!... Oh!... Esa carta la he hecho mil pedazos antes de que pudiera leerla!...

FEDER. Vamos, ahora me explico el motivo de su furor. Es verdad: usted es el ángel custodio de la casa: el capitan confió á usted el encargo de velar y defender su honor, y ha sospechado!... Hizo usted mal, Bernardo; su señora es una mujer honrada y yo no aprendí aún á faltar á mis deberes...

BERN. La rabia me ahoga!... Y aún se atreve usted á negar...

FEDER. Tranquilícese; en su ausencia nos hemos constituido en protectores y defensores suyos, y por el pronto creo que nada tenemos que temer... Pero qué acontecimiento grave ha podido herirla para haber perdido la razon?...

BERN. Qué dice usted?...

FEDER. Que acaba de presentarse aquí, hace un instante, dominada por una emocion nerviosa, llena de terror y de espanto, y yo necesito saber...

BERN. Y es usted quien se atreve aún á preguntármelo?

FEDER. (*Con altivez.*) Ah!... Usted me acusa?... Efectivamente es la costumbre de todos aquellos que no teniendo la conciencia tranquila, no pueden defenderse...

BERN. Defenderme yo?... Contra qué acusacion?...

FEDER. Lo ignoro, pero sospecho ahora que es usted mas criminal de lo que en un principio he creido...

BERN. Caballero, basta de razones; ha debido usted comprender que vengo decidido á matarlo...

FEDER. (*Sonriendo.*) A matarme á mí!... (*Con desprecio.*) Primero será preciso que yo sepa si es usted ó no digno de semejante honor.

BERN. (*Cada vez mas irritado.*) Vive el cielo!...

FEDER. (*Siempre tranquilo y severo.*) Ni permitiré á usted obrar como mejor le plazca, hasta que sepa el orígen, la razon, el motivo porque su señora ha huido de esta sala, dominada por el mas profundo terror, solo al oir pronunciar su nombre.

BERN. Pero entonces es que usted no quiere comprenderme!... Ha huido porque sabe que vengo expresamente á este sitio á arrancarla de los brazos de su amante, á asesinarlos á ambos si á ello se me obliga!...

FEDER. Calumniar no es responder. Mi conciencia me da sobre usted una ventaja inmensa. Usted tiembla, y yo por el contrario, estoy tranquilo... (*Movimiento de Bernardo hácia la puerta del corredor.*) Oh!... no se haga usted ilusiones; no pasará usted el dintel de esta puerta. Su señora se halla bajo mi amparo. Como médico me pertenece y ella me expli-

cará este misterio. Entonces veremos si es usted ó no digno de matar á un hombre honrado.

BERN. (*Furioso.*) Mil rayos!...

(*La condesa, Agapito y convidados aparecen en este momento.*)

ESCENA XII.

LOS MISMOS. — CONDESA. — AGAPITO. — OFICIAL. — DAMAS Y CONVIDADOS.

CONDES. (*Entrando.*) Quién se permite en mi casa amenazar á nadie?...

BERN. Señora, ese hombre engaña á usted. (*Señalando á don Federico.*) Su rival está allí!... (*Señalando la puerta.*) Estoy seguro...

CONDES. (*A don Federico.*) Me explicará usted, caballero, qué quiere decir todo esto?

FEDER. Aún no, porque exactamente no lo sé; pero sí puedo asegurar á usted que la señora de Mendoza se ha presentado en esta casa á pesar suyo, sin comprender lo que hacia, sin indicio alguno de razon; acabo de verla y todos los síntomas me prueban que por efecto de una causa, aún desconocida para mí, ha perdido el juicio.

CONDES. Eso es inverosímil!...

AGAP. Pero donde se halla?...

FEDER. Ha partido!...

AGAP. (*Sonriendo.*) Por ese corredor?...

FEDER. Precisamente...

AGAP. Amiguito, siento mucho haber contribuido á desbaratar sus planes, pero como nosotros tampoco somos tontos, hemos colocado con anticipacion en el extremo opuesto, magníficos sabuesos que nos batirán hácia aquí la caza en retirada...

FEDER. Pero eso es una infamia!...

AGAP. Es solo un ardid de guerra!...

FEDER. (*Severamente á la condesa.*) Señora, su deber de usted es!...

CONDES. Mi deber es asegurar mi felicidad.

AGAP. (*Mirando por la puerta del corredor.*) Mirad, mirad si decia yo bien!... hácia aquí se dirigen... Qué!... si tengo yo unas ocurrencias!... (*La condesa habla con sus convidados: movimiento en todo el mundo. José entra el primero y se dirige á hablar á don Federico.*)

JOSE. (*Entrando.*) Ay, amigo mio, qué gentes tan infames!...

FEDER. Pero dígame usted, qué es lo que ha sucedido?

JOSE. Al salir de esta sala, Margarita se desmayó en nuestros brazos; pero lo mas sorprendente es, que al volver de su desmayo, parece que ha recobrado el juicio: comprende lo grave de la situacion en que se encuentra y viéndose acosada, sin poder huir, ha erguido su cabeza y con acento sublime ha dicho: «Seguidme y puesto que la fatalidad lo quiere, cúmplase mi destino.»... Ah!... ya está aquí!...

FEDER. Serenidad!...

(Margarita aparece sostenida por Luisa, completamente transformada: su tocado en órden, alta la frente, su andar firme y su mirada llena de expresion. Se adelanta, despues de hacer una ceremoniosa cortesía, y viene á colocarse en el centro, frente á frente de la condesa.—Bernardo ha ido á ocultarse en el fondo, detrás de los grupos.)

ESCENA XIII.

LOS MISMOS.—MARGARITA.—LUISA.—CONVIDADOS.

CONDES. Acaban de decirme, señora, que se hallaba usted indispuesta, y corria en este momento á ofrecer á usted mis cuidados.

MARG. Mil gracias, señora, me encuentro mucho mejor.

CONDES. He temido por un instante que la desgracia imprevista, que ha llegado á nuestra noticia, nos privase del encanto de su presencia, pero me considero muy feliz al ver que nada ha podido impedir á usted...

MARG. Dispénseme usted, señora; si me encuentro aquí es bien á pesar mio... la razon no puedo explicármela exactamente, pero es un hecho consumado y acepto las consecuencias sin murmurar, pero tambien sin abatirme.

CONDES. (*Con intencion y señalando á don Federico.*) Presento á usted á don Federico del Valle, mi futuro esposo.

MARG. (*Haciendo una cortesía.*) Doy á usted mi enhorabuena.

CONDES. Para usted no debe ser una persona extraña; hay recuerdos que nunca se borran, relaciones que jamás se olvidan!... (*Con marcada insolencia é ironía.*)

FEDER. (*Bajo á la condesa con severidad.*) Señora!

MARG. (*Con tranquilidad.*) Condesa, he dejado que partiera de usted la agresion, y me veo, bien á pesar mio, obligada á contestarla...

FEDER. (*Aparte.*) Qué irá á decir!...

MARG. Es cierto que amé en otro tiempo al señor del

Valle, pero como usted, condesa, preferí un enlace de conveniencia, y ciega de orgullo y de vanidad me rendí al oro. Como á mí me sucedia en otro tiempo, hoy tiene usted miedo á la miseria y acepta usted un hombre rico que puede rehabilitar su fortuna y al cual vende usted su juventud por un puñado de oro, creyendo hallar la felicidad. Loca esperanza!... Como ese hombre no podrá conceder á usted nunca otra cosa que su amistad, la felicidad huirá del hogar doméstico; el hastío y la indiferencia vendrán bien pronto á reemplazarla. Es cierto, que podrá usted cubrir su frente de diamantes, sus manos de rubíes, su seno de perlas y esmeraldas, pero hallará siempre el inmenso vacío de su corazon... usted me ha tendido un lazo, poco noble sin duda; ha reunido toda esa brillante sociedad que se apresta, por ser á usted más agradable, á gozarse en la humillacion de una infeliz mujer... Bien á pesar mio he aceptado el reto y perdono el agravio; en prueba de ello, juro á usted que en este momento no me inspira usted más que compasion.

CONDES. (*Furiosa.*) Señora!...

MARG. Usted se casa con un tesoro, ¡guay, señora, no se lo roben algun dia!...

CONDES. Ah!... esto es demasiado!...

FEDER. (*Esforzándose por contenerla.*) Condesa, por favor...!

CONDES. (*En el colmo de la ira.*) Y quién se atreveria?... Yo al ménos, señora, no olvidaré jamás el cariño, el respeto, la consideracion que deberé á mi esposo; y si un dia viniesen á anunciarme su muerte, no iré con altanera audacia en medio de una fiesta á buscarle un sucesor; pero si desgraciadamente á tanto me atreviese, si mi ceguedad llegaba hasta el punto de hacerme olvidar lo sagrado de mis debe-

res, permitiré que me arranquen de la frente mi corona de flores, que solo debe cubrir un crespon de luto y de dolor...! (*La arranca la corona de flores y la arroja al suelo: movimiento general.*)

MARG. (*Dando un grito y cubriéndose la cara con ambas manos.*) Ah!...

BER. (*Saliendo á medias de entre los grupos que le contienen.*) Miserables!...

MARG. (*Dejándose caer en un sillon á la izquierda.*) Oh!... No puedo más!...

JOSE. }
LUISA. } (*Que la prestan sus cuidados.*) Pobre Margarita!...

AGAP. Pues señor, esto se va haciendo interesante...

FEDER. (*Con extremada severidad.*) Condesa, puesto que usted lo ha querido, sea.

CONDES. Qué quiere usted decir?

FEDER. Que desde este momento, esta señora se halla bajo mi proteccion!...

CONDES. Ha olvidado usted que se halla en mi casa?

FEDER. Señora, tengo dicho á usted hace tiempo, que yo soy esclavo de mi deber; y puesto que ninguno de estos señores se atreve á ofrecer su apoyo á una mujer desvalida, yo la ofrezco el mio. (*Ofreciendo su brazo á Margarita.*)

CONDES. Qué dice usted?

FEDER. (*A Margarita.*) Tome usted mi brazo, señora, y tranquilícese, porque si algun miserable (*mirando fijamente á los convidados*) se permitiese el menor insulto, la más mínima palabra, le arrancaré la lengua y le azotaré con ella la cara... (*Movimiento general.*)

AGAP. (*Aparte.*) Diablo! esto no va conmigo!

JOSE. Magnífico!

CONDES. Y ¿con qué título, caballero, se permite usted acompañar á esa señora?

FEDER. (*Reunido á Margarita, que se apoya en su brazo.*) Puesto que con mi nombre se la infama, con mi nombre la rehabilito. Plaza, señores, plaza á la esposa de don Federico del Valle!

(Los convidados hacen plaza. Federico, dando siempre el brazo á Margarita, se dirige á la puerta del fondo, en la cual aparece el capitan Mendoza en traje de marino. Movimiento general de estupefaccion. Bernardo, que se ha adelantado como para impedir la salida de don Federico y Margarita, da un grito á la vista del capitan y queda oculto entre los grupos. Margarita tambien ha dado un grito, quedando como petrificada. El único que permanece sereno es don Federico.)

TODOS. Ah!...

CAPITAN. (*En el centro.*) Para que esta señora acepte tan honroso título, es necesario matarme primero. Señor don Federico, mis testigos se presentarán esta misma noche en casa de usted. (*Cogiendo del brazo á Margarita.*)

FEDER. (*Que no ha perdido ni un momento su calma ni su dignidad.*) Capitan, en ella me encontrarán á cualquier hora. Estoy á sus órdenes.

(El capitan sale, llevando apoyada de su brazo á Margarita, que se deja conducir maquinalmente, y seguida de Luisa y de José. Cuadro general que debe cuidar mucho el director de escena.)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

La misma decoracion del acto segundo.

ESCENA PRIMERA.

OLGA, sentada en un sillon.

Qué noche, Dios mio!... ¡Quién habia de pensar que el amo, á quien todos creiamos muerto, habia de aparecer como un fantasma evocado de la tumba! Ahí están, cada uno en su cuarto, desde que volvieron de casa de esa infame mujer que tiene la culpa de todo, y sin haber descansado en toda la noche! El amo con su continente severo y la frente sombría... La señora llorando en los brazos de su amiga, que no la ha abandonado un sólo instante... (*Viendo al capitan que aparece en la puerta de su cuarto.*) Ah!... el amo.

ESCENA II.

OLGA.—DON LUIS.

Luis. Has ejecutado mis órdenes?

Olga. Sí, amo mio; he llevado las cartas, he ajustado la cuenta y despedido á los criados.

LUIS. Y has dicho á Bernardo que necesito verle?

OLGA. (*Con intencion.*) Bernardo no ha parecido aún.

LUIS. Es extraño! Oh!... ¿Si llevado tal vez del exceso de su cariño, se habrá atrevido á atentar á la vida de don Federico?

OLGA. Tranquilícese usted. Tal vez es otro el motivo, y sin embargo, creo que Bernardo es el único que podria aquí hacer justicia á todos.

LUIS. Olga, tú me ocultas algun misterio... habla... estoy ya tan familiarizado con la desgracia, que nada puede sorprenderme.

OLGA. Sería inútil, porque no daria usted crédito á mis palabras; pero Dios es justo y en él confio.

LUIS. Y la señora?

OLGA. En su habitacion. Despues que volvió de su desmayo, ha pasado toda la noche llorando en los brazos de su amiga, y al lado mio. Al presente, la resignacion se retrata en su fisonomía y parece haber tomado una resolucion.

LUIS. Oh!... yo no la veré más. Castigado que sea su cómplice, dejaré al remordimiento el cuidado de mi venganza.

OLGA. Amo mio, obre usted con prudencia, y ántes de precipitarse, asegúrese usted de que la razon le asiste.

LUIS. Pueden mentir mis ojos, Olga? ¿Mis oidos podrán engañarme? No, Olga, no; obro como el honor lo exige y estoy tranquilo. ¿Quién ha llevado mi carta á don Federico?

OLGA. Yo misma.

LUIS. Pero ¿y Bernardo?... Yo necesito verlo ántes del duelo... Corre, búscalo por todas partes; que se me presente en seguida.

OLGA. Sería inútil... Bernardo no se atreverá á presentarse.

LUIS. Qué dices?

OLGA. Porque Bernardo... (*Margarita aparece y la corta la palabra.*)

ESCENA III.

LOS MISMOS.—MARGARITA.—LUISA.

MARG. Ni una palabra más, mi buena Olga; á nosotras no nos corresponde hoy acusar sino resignarnos... (*El capitan hace un movimiento para retirarse; Margarita le detiene con un ademan de súplica.*) Oh!.. por piedad!...

LUIS. ¿Intenta usted tal vez detenerme para intercerder por su cómplice?

LUISA. (*Con dignidad.*) Señor de Mendoza, puede usted tranquilizarse; yo misma voy ahora á casa de don Federico y prometo traérselo á usted...

MARG. Juan puede acompañarte, ó que pongan el coche...

LUIS. Nosotros, señora, ya no tenemos carruaje ni criados, porque todos han sido esta mañana despedidos, y dentro de tres horas nada de lo que aquí existe nos pertenecerá. Lo que se salve de mis acreedores, será presa de los de usted... (*Margarita cruza las manos é inclina la cabeza con resignacion.*)

LUISA. (*Aparte.*) Pobre amiga mia!

LUIS. Mañana, señora, partiremos de este país pobres y miserables, como en otro tiempo abandonaron su casa, nuestros buenos amigos Luisa y José, pero ¡ ay !... ellos eran honrados, se amaban tiernamente, la esperanza y la fe alimentaba su corazon, al paso que nosotros huiremos de aquí, con el sello de la vergüenza en la frente, con la desesperacion en el alma. Ellos encontraron la fortuna de que eran

dignos, nosotros hallaremos la miseria que debe castigarnos!...

MARG. Y yo la acepto con orgullo... hasta con gratitud!...

LUISA. (*Abrazándola.*) Valor, Margarita... Vuelvo en seguida... (*Vase.*)

MARG. (*A Olga.*) Y tú, Olga, corre inmediatamente á la habitacion de Bernardo, procura hallar los fragmentos de la carta de don Federico, que él hizo pedazos anoche... quién sabe?... tal vez en ellos encontraremos la salvacion. (*Vase Olga.*) Oh!.... Creo que la proximidad del peligro me ha vuelto toda mi energía!

ESCENA IV.

MARGARITA.—DON LUIS.

LUIS. Para defenderse usted! (*Con ironía.*)

MARG. Para defender el honor de mi esposo que es el mio propio...

LUIS. Vuestro honor!... el mio!... escarnio y vergüenza nada más!... (*Arrancándose la cruz.*) Yo arranco de mi pecho esta cruz que el capitan Mendoza no tiene ya el derecho de llevar, porque usted, señora, le ha deshonrado doblemente, como marino y como esposo!

MARG. El consejo del Almirantazgo que va á juzgar á usted le absolverá indudablemente... Al esposo yo quiero convencerle y le convenceré...

LUIS. (*Sorprendido.*) Parece increible, señora!... Es efectivamente la misma mujer que yo he recogido anoche en el baile de la condesa, abatida, humillada, casi moribunda, la que hoy se atreve á hablarme llena de seguridad y de altivez?

Marg. Si, porque el peligro exaltando mi imaginacion, me ha fortalecido con esta energía convulsiva que tanto le sorprende. Hice á usted muy desgraciado, es verdad!... pero al menos quiero que permanezca usted tan digno, tan noble, tan honrado como siempre lo ha sido y lo conseguiré.

Luis. Seria preciso un milagro, que no espero...

Marg. Usted no me condenará sin oirme!

Luis. (*Haciendo sentar á Margarita y permaneciendo de pié.*) Sea... Yo tambien debo á usted cuenta de mi conducta y va usted á escucharme...

Marg. (*Con resignacion.*) Hable usted!...

Luis. Por satisfacer la insaciable sed de lujo y de riquezas que á usted la dominaba, emprendí un viaje difícil y peligroso, donde no solo arriesgué mi fortuna y mi reputacion, sino la de mis consocios y la vida de tantos infelices como componian mi tripulacion. El capitan Mendoza, olvidando todo esto, ha faltado miserablemente á sus deberes.

Marg. Oh!... no, eso no es posible!... (*Cubriéndose la cara con las manos.*)

Luis. Sí; porque despreciando las leyes de la prudencia y no pensando mas que en usted, quise apresurar el momento de poder venir á decirla: «¡Ya eres rica, Margarita!... inmensamente rica!... Sé feliz, pues esto te satisface!» Oh!... mi locura ha sido bien castigada!... En el fondo del mar quedan sepultadas, con los cadáveres de mis pobres marinos, todas las ilusiones de usted, todos sus insensatos sueños de orgullo y de grandeza!... Está usted satisfecha, señora?... (*Con amargura.*)

Marg. Oh!... Continúe usted... Cuanto mas noble aparezca su sacrificio, mayor será mi martirio, y yo quiero ser severamente castigada!...

Luis. La desgracia que me anonadaba era bien grande

sin duda, y sin embargo, salvada mi vida casi milagrosamente, cuando me ví en tierra, aún latió mi corazon sonriendo á la esperanza. Yo me decia: «Margarita comprenderá toda la extension de mi sacrificio y ella me consolará en mi infortunio... Ella aceptará la modesta posicion á que nos veremos reducidos, sometiéndose resignada á los decretos del destino... Ella será dichosa, como tantas otras mujeres, al lado del hombre honrado que si no puede ofrecerle una brillante fortuna, consagrará todos los dias de su existencia á prodigarla el dulce consuelo de un amor sin límites!.. » Pobre loco!... Necio insensato! Esa mujer, con la cual contaba para cicatrizar las heridas que ella misma habia causado, la encontré anoche, pocos momentos despues de haber recibido la noticia de mi muerte, en medio de un baile, donde sin duda habia ido á buscarme un sucesor!... Oh!... ese hombre debe morir y morirá!...

MARG. Ese hombre ha obrado así únicamente por generosidad y el duelo que usted intenta, consagraria á los ojos de todo el mundo una falta que no ha existido jamás...

LUIS. (*Con altivez.*) Señora!

MARG. (*Levantándose y con energía.*) Sí; yo he causado con mis prodigalidades y locuras la ruina de usted. ¡Sí; néciamente y por satisfacer la miserable pasion de una vanidad estúpida, he pulverizado una fortuna! ¡Si; arrastrada por la sed del lujo y en alas del orgullo, he caminado ciega de imprudencia hasta venir á caer en el abismo!... (*Con exaltacion creciente.*) Pero aún puedo, con la cabeza erguida, mirarte frente á frente, sin rubor en el rostro y decirte: Luis... Luis, aún soy digna de tí! ..

Luis. ¡Pero ese hombre ha dado á usted su nombre en presencia de todo el mundo y esta idea no puede borrarse de mi imaginacion!...

Marg. Está bien, pero concédeme una gracia... ¡Tal vez será la última!... retarda ese combate un dia, una hora... ¡quién sabe!... tal vez en este corto tiempo pueda yo probarte, convencerte de mi inocencia y de la nobleza que ha dictado su proceder...

Luis. Imposible!...

ESCENA V.

Los mismos.—OLGA.

Olga. Señor, dos oficiales de la capitanía general esperan á usted en su gabinete.

Luis. Ah!... sí: vienen á pedir al capitan razon de su conducta, como yo acabo de pedir á usted cuenta de la suya... es muy justo... Seguramente no seré yo mas feliz que usted, señora!...

Marg. Esta noche el consejo te absolverá rehabilitando tu nombre y mañana...

Luis. Yo creo, por el contrario, que esta noche seremos aquí dos sentenciados. (*Entra en su gabinete.*)

ESCENA VI.

MARGARITA.—OLGA.

Marg. Dónde está Bernardo?... que venga inmediatamente... su presencia es absolutamente necesaria.

Olga. Y qué es lo que espera usted de él señora?...

MARG. Que repare todo el mal que ha causado... quiero que pruebe que únicamente el terror que produjeron en mi ánimo sus amenazas...

OLGA. Y no tiene usted otra esperanza?

MARG. Ninguna!

OLGA. Entonces está usted perdida, porque Bernardo ha huido, temiendo tal vez al amo, por haberse atrevido á amenazarla... En su cuarto no existen tampoco los pedazos de la carta que en otro caso podrian justificar á usted.

MARG. Oh!... volvamos juntas... registraremos todos los rincones... Ten piedad de mí, Olga, no me abandones!...

OLGA. Vamos, pues, pero no tengo esperanza... (*Vánse por la derecha.*)

ESCENA VII.

DON AGAPITO y JOSE, entrando por el foro; poco despues DON LUIS por la izquierda.

AGAP. (*Con el paletó sobre el brazo y el lente en el ojo.*) Pues señor, parece que en esta casa no hay nadie... La puerta entornada y ni siquiera un criado en la antesala para anunciar... Que excentricidades tienen estos marinos!...

JOSE. (*Aparte.*) Verme yo complicado en un lance!... yo, un hombre eminentemente pacífico!... pero don Federico me ha suplicado que le sirva de testigo y mi mujer me ha obligado á ello, lo cual me parece un poco raro... En fin, allá veremos como salgo de mi apuro... Lo que no comprendo es por qué el señor del Valle ha elegido como segundo testigo á este títere que no puedo tolerar...

AGAP. (*Dirigiéndose á la puerta izquierda.*) Ya tenemos aquí al capitan.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS.—DON LUIS.

LUIS. (*Entrando.*) Ya he prestado mi declaracion y me parece que estoy mas tranquilo... (*Viendo á José y don Agapito.*) Ah!... Señores!... (*Saludando.*)

AGAP. Buenos dias, capitan: nuestra visita no parecerá á usted extraña cuando sepa que somos los testigos del señor del Valle, y que acabamos de arreglar con los de usted las condiciones preliminares á esta clase de asuntos... El sitio elegido es el jardin de esta casa, y dentro de breves momentos nos hallaremos todos reunidos en él...

LUIS. Doy á ustedes mil gracias!...

JOSE. Sin embargo, antes de que este duelo se verifique, don Federico desea dar á usted algunas explicaciones, que sin retardar en lo mas mínimo el lance, podrán al ménos captarle la estimacion de usted.

AGAP. (*Con petulancia.*) Yo no comprendo la manera de discurrir de mi menor, y así se lo he dicho á él mismo; cuando el escándalo ha sido tan público, la provocacion tan terminante y la ofensa tan grave, ciertas explicaciones están demás...

JOSE. (*Con enfado y conteniéndose.*) Suplico á usted, señor mio, que me deje acabar... Don Federico asegura que si pudieran hallarse los fragmentos de una carta, escrita por él anoche mismo, y dirigida á la persona á quien se juzga como su cómplice, en ella hallariamos la prueba de la inocencia de ambos...

AGAP. Sí; pero tambien, segun él mismo asegura, esa carta no ha sido leida por nadie... lo cual es un poco inverosímil y no puede satisfacer á nadie... ¿no es cierto, capitan? á ménos que el marido...

JOSE. (*Aparte y lleno de cólera.*) Yo voy á hacer un miquicidio con este títere!...

LUIS. Basta, señores; semejante discusion es indigna de nosotros...

AGAP. (*Con pedantería.*) Eso digo yo!... pero como el platero no entiende de estas cosas, aboga por la paz á todo trance...

JOSE. (*Cada vez más incomodado.*) Lo que yo no entiendo, señor mio, es por qué siendo usted primo de la condesa, y por consecuencia interesado en el negocio, ha cometido la torpeza de elegir á usted para que me sirva de compañero...

AGAP. Al contrario; el que no sabe lo que se pesca es usted. El doctor sabe perfectamente que en Barcelona somos una docena de amigos, únicos árbitros de la opinion pública; palpitante gacetilla de la capital, como suelen llamarnos, y ha querido que yo, jefe nato de tan respetable asociacion, que he presenciado la injuria, asista tambien al desenlace...

JOSE. Con que es decir que usted...

AGAP. (*Con pedantería.*) Es decir que yo represento en este momento la buena sociedad de Barcelona. Cualquiera que sea la terminacion del asunto, mi autorizada palabra será repetida como un eco por todos los ámbitos de la ciudad. Nosotros, las gentes de moda tenemos el privilegio de crear y pulverizar reputaciones á nuestro antojo!...

JOSE. (*Indignado.*) Semejante conducta es infame... pero yo supongo, capitan, que usted, más juicioso, no aceptará como justos y equitativos los estúpidos razonamientos de este caballero...

AGAP. (*Enfadado.*) Cómo estúpidos!...

LUIS. Señor Valdivieso, comprendo y agradezco el interés que usted se toma, pero yo necesito pruebas y no palabras. Seria preciso una satisfaccion tan cumplida que bastase á borrar la impresion de ciertas palabras que aún vibran en mis oidos y en mi corazon y bien conoce usted que esto es imposible...

JOSE. (*Aparte.*) Adios mis esperanzas!...

AGAP. (*Mirando por la ventana.*) En el jardin veo ya los otros testigos...

LUIS. Sírvanse ustedes bajar á reunirse con ellos, y en tanto que yo recojo mis armas y doy algunas órdenes, elijan ustedes el sitio que juzguen más á propósito...

AGAP. Vamos, pues... (*Vase por el fondo.*)

JOSE. (*Aparte y marchándose tambien.*) ¡Pero señor, dónde se habrá metido mi mujer, que así me deja comprometido!... esto se formaliza demasiado!... (*Vase.*)

ESCENA IX.

D. LUIS solo, poco despues BERNARDO.

LUIS. (*Que ha entrado un momento en su cuarto, vuelve á salir con un par de pistolas que coloca sobre la mesa.*) Dentro de breves instantes todo habrá terminado!... Sin embargo, procederé en mi venganza como noble y caballero, y á esa mujer que tanto me ha ofendido, que tan inhumanamente ha desgarrado mi corazon la dejaré los restos de mi fortuna para que vaya á ocultar su vergüenza en cualquier rincon de la tierra... ¡Y yo que la amaba tanto, Dios mio! (*Conmovido y enjugando una lágrima.*) ¡Vamos,

valor!... Escribamos una palabra que asegure su porvenir!... (*Escribe.*) Ya está... (*Levantándose y cogiendo las pistolas.*) Ahora, á morir con honra ó a vengar mi ofensa... (*Va á salir, pero al volverse se encuentra frente á frente con Bernardo, que con los vestidos desgarrados y los cabellos en desórden ha penetrado por la puerta derecha.*) Ah!... Bernardo!... al fin el cielo me concede la dicha de morir en los brazos de un amigo!...

BERN. Capitan!... en vez de ir á batirse con un rival que no existe, monte usted esa pistola y haga fuego sobre mí!...

LUIS. (*Sorprendido.*) Qué dices?...

BERN. (*Desesperado y cayendo de rodillas.*) Que yo soy el miserable que tiene la culpa de todo!... ¡la muerte, la muerte por piedad!... ¡se lo pido á usted de rodillas!...

LUIS. Te has vuelto loco? Tú, mi fiel amigo, mi leal compañero!...

BERN. Yo no soy más que un malvado indigno de perdon!...

LUIS. Explícate... habla!...

BERN. Sí, sí; hablaré y caiga sobre mí solo el anatema; reciba el merecido castigo de mi crímen!...

LUIS. No acierto á comprender!...

BERN. Capitan, usted me recomendó el cuidado de su esposa y yo la abandoné... la he debido proteccion y ayuda y solo fuí su verdugo...

LUIS. Continúa...

BERN. Sospechando torpemente de su virtud, sin respetar su sexo, sin piedad de su dolor, en mi mismo cuarto, ayer noche, osé levantar mi mano sobre ella!...

LUIS. (*Retrocediendo un paso y montando una pistola.*) Miserable!...

BERN. Máteme usted... sí, yo no puedo ni quiero vivir con el peso de una afrenta tan ignominiosa!... pero antes es preciso que usted me escuche una palabra... es necesario que usted sepa...

LUIS. (*Con interés creciente.*) Habla!... Habla!...

BERN. Como á usted, me cegaron tambien las apariencias; el inmenso cariño que á usted le he profesado siempre, despertó en mi mente una infame sospecha que no debió tener jamás cabida... Creí que se ultrajaba la memoria de mi capitan y dejándome arrastrar por la ira arranqué brutalmente de manos de la señora una carta que acababa de recibir y la hice pedazos sin permitir que la leyese... Desatentado y loco, sin respeto ni consideracion alguna, olvidando mis deberes, sobreescitada mi imaginacion con la noticia de su muerte, cogí un arma y hubiera cometido el más odioso de los crímenes, si Olga no hubiera estado allí para impedirlo...

LUIS. (*Con ansiedad.*) Acaba!...

BERN. La pobre señora, extraviada su razon, sobrecogida de espanto, huyó por el jardin temerosa de que yo la persiguiese y fué á refugiarse en ese maldito palacio donde la halló usted, y en el cual la habian preparado un lazo infame!...

LUIS. Dios mio!...

BERN. Yo tambien estaba allí: don Federico obró en aquella circunstancia, no como el amante que satisface su orgullo, sino como el hombre mas honrado y generoso, como el más cumplido caballero!...

LUIS. (*Con asombro.*) El?...

BERN. Sí, él; y yo vengo á presentar á usted la prueba de su nobleza!...

LUIS. Será cierto!... (*Con alegría.*)

BERN. Hé aquí la carta cuyos pedazos he recogido. Su

sola lectura me ha bastado para comprender toda la enormidad de mi crímen y he salido de esta casa decidido á poner término á mi existencia... Afortunadamente un rayo de luz ha iluminado mi razon; he comprendido que antes del castigo debo una reparacion á todos aquellos que solo pueden esperarla de mí... Capitan... aquí tiene usted la prueba y el reo aguarda su sentencia. (*Presentándole la carta.*)

LUIS. Pero es esto un sueño!... (*Tomando la carta.*) Por aquí viene gente... (*Dirigiéndose al fondo.*) Ah!. . es él... y acompañado de Luisa!...

BERN. Señor, máteme usted antes de sufrir la humillacion de verme en su presencia!...

LUIS. (*Arrastrando á Bernardo.*) Ven, sígueme... por aquí!...(*Entran los dos en la habitacion de la derecha cuya puerta queda entornada.*)

ESCENA X.

DON FEDERICO.—LUISA.—Despues MARGARITA.

LUISA. (*Entrando.*) Esos señores aguardarán á usted. José les suplicará que tengan un poco de paciencia. Margarita le ruega como un señalado favor, la conceda dos minutos antes del duelo... ¿Será usted sordo á la voz del mayor de los infortunios?

FEDER. En la posicion que me encuentro colocado, debo toda clase de consideraciones á la señora de Mendoza, pero como usted debe comprender, yo no puedo verla sino delante de su esposo... y solo con esta condicion.

MARG. (*Saliendo de su cuarto.*) Ah!... Caballero, ¡cuántas gracias debo darle por haberse rendido á mis súplicas!...

FEDER. (*Contrariado y como queriendo retirarse.*) Señora!... Si yo hubiese sabido...

LUISA. Valor, Margarita! Yo vigilo en esta puerta!... (*Se coloca en la puerta del foro, sin desaparecer de la vista del espectador.*)

MARG. (*A don Federico.*) Necesito suplicar á usted un acto de justicia y pedirle un consejo.

FEDER. Espero sus órdenes, señora!

MARG. En primer lugar, júreme que ese duelo no se verificará.

FEDER. Señora, he ofendido públicamente al señor de Mendoza y mi vida le pertenece.

MARG. Pero esa ofensa es hija de la generosidad... Oh! no me haga usted responsable de un nuevo crímen! Dios no me lo perdonaria!... Usted sabe bien que ningun interés le dictaba su noble conducta de anoche y que sólo un impulso generoso...

FEDER. Es cierto, y usted lo sabe perfectamente; pero el mundo, no solamente lo ignora, sino que está convencido de todo lo contrario. Desgraciadamente, ni el señor de Mendoza ni yo podemos obligar á todas esas gentes á que cambien de opinion... Es una consecuencia inevitable de lo ocurrido ayer... aceptémosla sin murmurar...

MARG. Pero esa carta que usted me escribió anoche...

FEDER. Esa carta, segun parece, ya no existe, y es inútil pensar más en ella.

MARG. Oh!... pero esto es horrible!...

FEDER. Al extremo que nos han conducido los sucesos, no tiene usted otro remedio que imitarme, aceptando resignada, como yo lo hago, la responsabilidad que pueda caberle. Todo cuanto la rodeaba, usted misma lo ha marchitado: no debe usted, por tanto, culpar á nadie. No hablaré á usted de mí, porque en estos momentos tal vez soy el ménos

desgraciado. Desde el dia en que comprendí el carácter de usted, cerré la puerta á las ilusiones, y sólo la consagré, en el fondo de mi corazon, una amistad respetuosa y sincera; pero ¿qué ha hecho usted, señora, de la pobre anciana que la sirvió de madre? Dejarla morir abandonada en el miserable rincon de una guardilla. ¿Qué ha hecho usted del hombre noble y generoso que la dió su fortuna y su nombre? Un desdichado cuyo corazon, rudamente herido en sus ilusiones más caras, brotará sangre toda la vida!

MARG. (*En el colmo de su dolor y cubriéndose la cara con las manos.*) Oh!... por piedad!...

FEDER. Me ha pedido usted consejo y al dárselo me creo en la obligacion de recordarla sus errores... Inflexible como el deber, he adquirido, á fuerza de combatir mis debilidades, el derecho de decir siempre lo que pienso!... Sí, Margarita, su loco orgullo, su insaciable sed de lujo y de vanidad nos ha conducido á este doloroso extremo... á una catástrofe inevitable!...

MARG. Pues bien, yo debo ser la única castigada, yo quiero reparar, en cuanto me sea posible, los males que he causado, y la segunda parte de mi vida la dedicaré á borrar, con un verdadero arrepentimiento, las faltas de la primera.

FEDER. Es tarde!... El orgullo ha creado alrededor de usted un inmenso vacío, y en lo sucesivo no hallará usted en nadie amistad ni conmiseracion...

MARG. Yo procuraré á fuerza de abnegacion, de amor y sacrificio, conquistar algo de lo que he perdido!...

FEDER. Y cómo volverá usted la vida á la pobre anciana que ha muerto abandonada? Cómo devolverá usted á Bernardo la conciencia de sus deberes y la santa amistad de su amo? Cómo devolverá usted,

en fin, á su noble esposo la tranquilidad que le ha arrebatado?... Cómo podrá usted hacer olvidar las agonías, los combates del espíritu, la desesperacion á que usted le ha condenado? Desengáñese usted, señora, es demasiado poco toda una vida de lágrimas para borrar completamente las faltas que usted ha cometido...

MARG. (*Desesperada.*) Dios mio!... Dios mio!... Qué expiacion debo imponerme para que el mundo y Dios me perdonen!...

FEDER. (*Designando á Luisa que desciende.*) ¡Ahí tiene usted la mejor consejera, la madre de familia... Siga usted siempre sus consejos y tal vez un dia... Dios hará un milagro!...

MARG. (*Arrojándose en los brazos de Luisa.*) ¡Ah! sí, es verdad!... ¡de ella he aprendido ya la resignacion que mitiga el dolor, la humildad que fortalece, la oracion que consuela!...

FEDER. Y ahora, señora, adios... (*Va á marcharse: don Luis aparece seguido de Bernardo.*)

LUIS. (*Deteniéndole.*) Un momento, caballero!...

ESCENA XI.

LOS MISMOS.—D. LUIS.—BERNARDO por la derecha, poco despues OLGA por la izquierda, y al poco tiempo JOSÉ, DON AGAPITO y otros dos caballeros por el foro.

LUISA. / MARG. } (*Dando un grito.*) Ah!...

FEDER. Don Luis!...

LUIS. (*Conmovido pero con dignidad.*) ¿Me concede usted el honor de aceptar mi mano?...

FEDER. (*Sorprendido.*) Mi mano?... Tómela usted, capitan, digno soy de estrechar la suya...

MARG. (*Viendo que su esposo vacila y se lleva la mano á la frente.*) Ah!... esa palidez!... (*Corren todos en auxilio del capitan.*)

LUIS. (*Deteniéndolos con afable sonrisa.*) No, no es nada... un poco de emocion, pero dulce, tranquila, producida por el exceso de la felicidad!... No veo á mi alrededor más que víctimas, cuando sólo esperaba hallar culpables!...

BERN. (*Cayendo de rodillas delante de Margarita y presentándola una carta.*) ¡El marinero Bernardo, que es un miserable, espera su sentencia!...

MARG. (*Volviéndose.*) Ah!...

FEDER. (*Cogiendo la carta.*) Mi carta!...

MARG. (*Tendiendo con bondad la mano á Bernardo.*) Si mi esposo ha perdonado á la más culpable, cómo no habria yo de perdonar á usted?

BERN. (*Besándola la mano con entusiasmo.*) Hace usted mal, porque no lo merezco!...

OLGA. (*Aproximándose y sonriéndose.*) ¿Y á mi me guardas rencor?...

BERN. No me avergüences más; ya sé todo lo que te debo. (*Estrechando la mano de Olga. Don Agapito, José y los otros dos testigos entran por el foro.*)

AGAP. Pero en qué quedamos; nos batimos ó no nos batimos?

LUIS. Amigo mio, puede usted decir á todos sus asociados, á esa gacetilla palpitante de la capital, que ha visto usted en los brazos del capitan Mendoza á su querido amigo don Federico del Valle y á su amada esposa Margarita... (*Estrechándolos en sus brazos.*)

JOSE. (*Lleno de júbilo.*) Si, sí; corra usted para que formen eco lo más pronto posible!...

AGAP. Entonces yo soy aquí doblemente burlado...! porque ahora mi prima la condesa reanudará sus relaciones y...

Feder. No, amigo mio; yo parto mañana para América, donde me llaman mis negocios y en su consecuencia cedo á usted la plaza.

Agap. Ahora falta que quieran concederme la vacante... En fin, puesto que ya nada tengo que hacer aquí, saludo á ustedes, señores... (*Marchándose.*)

Jose. La del humo!... Vaya con Dios el mono, el... (*Queriendo ir trás él.*)

Luisa. (*Llamándole al órden y en tono de reprension.*) José!...

Jose. Ah!... es verdad; me habia olvidado de la etiqueta. (*Don Federico, José y Luisa forman un grupo hablando en la derecha: Olga y Bernardo en la izquierda: don Luis y Margarita en el centro.*)

Luis. Ahora, Margarita, que mi honor está á salvo y que abrigo el convencimiento de que el consejo me absolverá, no debo ocultarte que no sucede lo mismo con nuestra fortuna, que somos pobres y que apenas nos queda con que vivir...

Marg. Oh! si es preciso yo trabajaré para tí, para rescatar el pasado y hacerme digna de tu generoso perdon... El pasado ha sido un sueño horrible y hoy despierto á la realidad!...

Luis. El sueño no ha durado mas que un dia... la realidad puede durar toda la vida...... No lo olvides jamás!...

FIN DEL DRAMA.

Habiendo examinado este drama, no encuentro inconveniente en que su representacion sea autorizada. Madrid 13 de Diciembre de 1862.

El censor de Teatros,

Antonio Ferrer del Rio.

Marta y María.
Madrid en 1818.
Madridá vista de pájaro.
Miel sobre hojuelas.

Negro y Blanco.
Ninguno se entiende, ó un hombre tímido.
Nobleza contra nobleza.
No es todo oro lo que reluce.

Olimpia.

Propósito de enmienda.
Pescar á rio revuelto.
Por ella y por él.
Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Por la puerta del jardin.
Poderoso caballero es D. Dinero.
Pecados veniales.
Premio y castigo, ó la conquista de Ronda.

¡Que convido al Coronel!...
Quien mucho abarca.
¡Qué suerte la mia!
¿Quién es el autor?
¿Quién es el padre?

Rebeca.
Rival y amigo.

Su imágen.
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro *(Patron de Madrid.)*
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena
Sobresaltos de un marido.

Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco
Uno de tantos.
Un marido en suerte:
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retrato áquemaropa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un si y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
¡Un regicida!

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

Angélica y Medoro.
Armas de buena ley.
A cual mas feo.

Clavevina la Gitana.
Cupido y Marte.
Céfiro y Flora.

D. Sisenando.
Doña Mariquita.
Don Crisanto, ó el Alcalde proveedor.

El Bachiller.
El doctrino.
El ensayo de una ópera.
El calesero y la maja.
El perro del hortelano.
En Ceuta y en Marruecos.
El leon en la ratonera.
El último mono.
Enredos de carnaval.
El delirio (drama lírico.)
El Postillon de la Rioja *(Música)*.
El Vizconde de Letorieres.
El mundo á escape.
El capitan español.
El corneta.
El hombre feliz.
El caballo blanco.

Harry el Diablo.

Juan Lanas. *(Música.)*
Jacinto.

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. *(Música.)*
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la córte.!
La venta encantada.
La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.
La Jardinera *(Música)*
La toma de Tetuan.
La cruz del Valle.
La cruz de los Humeros.
La Pastora de la Alcarria.
Los herederos.

Mateo y Matea.
Moreto. *(Música.)*

Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.
Por sorpresa.

Tal para cual.

Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo.

La Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40, cuarto segundo de la izquierda.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra...........	Robles.
Albacete	Perez.
Alcoy...........	Martí.
Algeciras........	Almenara.
Alicante	Ibarra.
Almeria.........	Alvarez.
Avila...........	Lopez.
Badajoz.........	Ordoñez.
Barcelona	Sucesor de Mayol.
Idem...........	Cerdá.
Bejar...........	Coron.
Bilbao	Astuy.
Burgos	Hervias.
Cáceres.........	Valiente.
Cádiz...........	Verdugo Morillas y compañia.
Cartagena.......	Muñoz Garcia.
Castellon........	Perales.
Ceuta	Molina.
Ciudad-Real.....	Arellano.
Ciudad-Rodrigo.	Tejeda.
Córdoba	Lozano.
Coruña.........	Lago.
Cuenca	Mariana.
Ecija	Giuli.
Ferrol..........	Taxonera.
Figueras........	Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon...........	Crespo y Cruz.
Granada........	Zamora.
Guadalajara.....	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva..........	Osorno.
Huesca	Guillen.
I. de Puerto-Rico.	José Mestre.
Jaen............	Idalgo.
Jerez...........	Alvarez.
Leon...........	Viuda de Miñon.
Lérida..........	Sol.
Logroño	Verdejo.
Lorca..........	Gomez.
Lucena..........	Cabeza.
Lugo...........	Viuda de Pujol.
Mahon..........	Vinent.
Málaga.........	Taboadela.
Idem............	Moya.
Mataró.........	Clavel.
Murcía.........	Hered. de Andrion.
Orense.........	Robles.
Orihuela........	Berruezo.
Osuna..........	Montero.
Oviedo.........	Martinez.
Palencia	Gutierrez é hijos.
Palma..........	Gelabert.
Pamplona.......	Barrena.
Pontevedra.....	Verea y Vila.
Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Reus...........	Prius.
Ronda..........	Gutierrez.
Salamanca......	Huebra.
San Fernando...	Martinez.
Sanlúcar	Esper.
Sta. C. de Tenerife	Power.
Santander......	Hernandez.
Santiago	Escribano.
San Sebastian...	Garralda.
Segorbe........	Mengol.
Segovia........	Salcedo.
Sevilla.........	Alvarez y Comp.
Soria...........	Rioja.
Talavera........	Castro.
Tarragona......	Font.
Teruel..........	Baquedano.
Toledo.........	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Valencia	Mariana y Sanz.
Valladolid	H. de Rodriguez.
Vigo............	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú.	Creus.
Vitoria.........	Illana.
Ubeda	Bengoa.
Zamora........	Fuertes.
Zaragoza.......	Lac.